

LOS GLÓBULOS DEL *VOLKSGEIST*. ROMANTICISMO Y RACISMO EN LA GÉNESIS IDEOLÓGICA DEL CATALANISMO

JORGE POLO BLANCO

Escuela Superior Politécnica del Litoral-ESPOL

polo@espol.edu.ec

RESUMEN: En el presente trabajo pretendemos ofrecer una panorámica de los orígenes ideológicos del catalanismo. Siendo conscientes del carácter complejo y heterogéneo de dicha genealogía, mostraremos no obstante que ciertas ideas románticas de carácter reaccionario y ciertas teorías explícitamente racialistas se encuentran muy presentes en el corpus teórico de los primeros intelectuales catalanistas.

PALABRAS CLAVE: Romanticismo – Racialismo – Racismo – Catalanismo – Nacionalismo

THE GLOBULES OF THE *VOLKSGEIST*. ROMANTICISM AND RACISM IN THE IDEOLOGICAL GENESIS OF CATALANISM

ABSTRACT: In this paper we intend to offer an overview of the ideological origins of Catalanism. Being aware of the complex and heterogeneous nature of this genealogy, we will nevertheless show that certain reactionary romantic ideas and certain explicitly racist theories are very present in the theoretical corpus of the first Catalanist intellectuals.

KEYWORDS: Romanticism – Racialism – Racism – Catalanism – Nationalism

Jorge Polo Blanco. Doctor en Filosofía por la Universidad Complutense de Madrid. Actualmente, trabaja como docente e investigador en la Escuela Superior Politécnica del Litoral (Guayaquil). Su principal línea de investigación es la Filosofía Política (moderna y contemporánea), pero también ha realizado trabajos sobre teoría decolonial, justicia indígena, derechos de la naturaleza, populismo, racismo, feminismo o economía política. Ha publicado múltiples artículos en revistas académicas especializadas, 34 de ellos en revistas indexadas en SCOPUS. También ha publicado cuatro libros de autoría única, en el terreno del ensayo político y filosófico: Románticos y racistas. Orígenes ideológicos de los etnonacionalismos españoles (2021); Anti-Nietzsche. La crueldad de lo político (2020); La economía tiránica. Sociedad mercantilizada, dictadura financiera y soberanía popular (2015) y Perfiles posmodernos. Algunas derivas del pensamiento contemporáneo (2010). Es director de la revista académica Ñawi (Ecuador), y dirige el Proyecto Estética, política y cultura, vinculado a la Escuela Superior Politécnica del Litoral (Ecuador).

LÍMITES Y ALCANCES DE NUESTRA EXPLORACIÓN

En el presente trabajo no abordaremos las derivas actuales del independentismo o separatismo catalán. Nuestro cometido no es analizar los vericuetos políticos de una crisis –ya cronificada– que afecta a las relaciones administrativo-territoriales de la región catalana con el Estado¹. Tampoco polemizaremos sobre la viabilidad económica de semejante proyecto. Numerosos son los análisis que, desde los más diversos ángulos, han abordado semejantes cuestiones. Ríos de tinta han corrido sobre un tema de tan candente actualidad. Algunos de ellos han detallado la cronología de su frustrada consumación². Otros han puesto el foco en la necesidad de “solucionar” el problema encarando un proceso constituyente que refunde el Estado en un sentido plurinacional³. Los hay que se han empeñado en observar profundas analogías con el “proceso” escocés⁴. Muchísimo se ha discutido acerca de las posibles “razones históricas” que justificarían las aspiraciones políticas del movimiento catalanista⁵. También han sido analizados los “mitos” esgrimidos por la historiografía catalanista, que pretendió descubrir las raíces medievales de la “nacionalidad” catalana⁶. En fin, podríamos mencionar decenas de títulos.

Debemos puntualizar que nuestra investigación se circunscribe al rastreo de los orígenes decimonónicos del movimiento catalanista. Indagaremos en algunas de sus fuentes ideológicas, avanzando todo lo más hasta las primeras décadas del siglo XX. Sostendremos en las próximas páginas que ciertas ideas románticas –de índole reaccionaria– y un racialismo más o menos explícito fueron componentes determinantes en la génesis ideológica del movimiento. No negaremos que existieron algunas corrientes catalanistas progresistas. De hecho, se produjeron intensas disputas y ásperas controversias entre catalanistas conservadores, catalanistas liberales y catalanistas de izquierda⁷. Bien es verdad que casi todos ellos terminaron “reconciliándose”, cuando pasaban a engrosar

1 Josep M. COLOMER, “La aventurada apuesta por la independencia de Cataluña”, *Revista de Estudios Políticos*, 179 (2018), p. 267-294.

2 Lola GARCÍA, *El naufragio. La deconstrucción del sueño independentista*, Barcelona: Península, 2018.

3 Xavier DOMÈNECH, *Un haz de naciones. El Estado y la plurinacionalidad en España (1830-2017)*, Barcelona: Península, 2020.

4 Montserrat GUIBERNAU, “Naciones sin Estado: escenarios políticos diversos”, *Historia Contemporánea*, 23 (2001), p. 759-789; John H. ELLIOT, *Catalanes y escoceses. Unión y discordia*, Barcelona: Taurus, 2018.

5 John H., ELLIOT, *La rebelión de los catalanes. Un estudio sobre la decadencia de España (1598-1640)*, Madrid: Siglo XXI, 1982; Borja de RIQUER, *Regionalistas i nacionalistes (1898-1931)*, Barcelona: Dopesa, 1979.

6 Maximiliano FUENTES CODERA, “La Cataluña medieval en la construcción del nacionalismo *lligaire-noucentista*”, *Historia Contemporánea*, 45 (2012), p. 605-636.

7 Emilio MARCOS, “Contra la Lliga Regionalista. Apa y el catalanismo de izquierda en los primeros años de la revista *Papitu*”, *Historia y Política*, 24 (2010), p. 213-238.

las filas de las instituciones culturales nacionalistas creadas e impulsadas por Prat de la Riba (el Institut d'Estudis Catalans, por ejemplo). Sea como fuere, lo que tratamos de probar es que un romanticismo básicamente reaccionario y un racialismo “científico” fueron ingredientes esenciales de la conformación discursiva del catalanismo⁸.

Por motivos de espacio no podremos establecer una correlación documental que aclare de forma minuciosa cuáles son esos elementos románticos (de procedencia básicamente alemana) que aparecen recurrentemente en la doctrina catalanista. Para ello, deberíamos explicitar a cada paso ciertas teorías de Herder, Hamann, Friedrich Schelling, Schiller, Friedrich Schlegel, Wilhelm von Humboldt o Fichte. Otro tanto sucede con las teorías racialistas. En cualquier caso, los núcleos doctrinales quedarán bien delimitados.

DEL ESPIRITUALISMO ROMÁNTICO AL RACIALISMO

El asunto que nos ocupa puede historiarse desde diversas perspectivas⁹. Nosotros seguiremos un determinado hilo conductor, como enseguida se comprobará. La *Renaixença* fue un movimiento principalmente literario, surgido en algunas regiones españolas con la voluntad programática de hacer “renacer” el catalán como lengua culta¹⁰. Sus protagonistas pretendían contrarrestar o revertir una situación de secular diglosia, combatiendo el predominio del “castellano”. Alcanzará su esplendor en la segunda mitad del siglo XIX, de forma paralela al *Rexurdimento* gallego. Su origen se ha querido datar de forma más o menos arbitraria en un famoso poema de Carlos Aribau (1798-1862), titulado *Oda a la Pàtria*, publicado en 1833. Es una composición repleta de tópicos románticos; el lamento del que vive en tierra extraña, alejado de la sagrada e íntima lengua materna. La patria catalana es añorada, del mismo modo que se añora la infancia perdida. Sin embargo, no fue Aribau un recuperador sistemático del catalán, pues apenas escribió en esa lengua.

Cosa bien distinta fue la labor de Joaquim Rubió y Ors (1818-1899), escritor e historiador que puso todo su empeño en la potenciación de la lengua catalana. En 1841 publicó un libro *—Lo Gayté del Llobregat—* que recogía los poemas en lengua catalana que había ido publicando en el *Diario de Barcelona*. Poemario que venía acompañado de un prólogo contundente, en el que se hacía un alegato de la lengua catalana. Tal prólogo ha sido considerado el manifiesto de la *Renaixença*. Rubió quería dignificar la lengua catalana; anhelaba

8 Jorge POLO BLANCO, *Románticos y racistas. Orígenes ideológicos de los etnonacionalismos españoles*, Barcelona: El Viejo Topo, 2021.

9 Albert BALCELLS, *Breve historia del nacionalismo catalán*, Madrid: Alianza, 2003.

10 Joan-Lluís MARFANY, *Nacionalisme espanyol i catalanitat (1789-1859). Cap a una revisió de la Renaixença*, Barcelona: Edicions 62, 2017.

construir una literatura propia. Se quejaba de la indiferencia “vergonzosa y criminal” de muchos de sus compatriotas, que no se inmutaban ante la postración de su preciosa lengua. Era también este prólogo-manifiesto un lamento romántico, por la pérdida de las tradiciones y por el olvido de los antiguos cantares. Cataluña debía caminar hacia una autonomía cultural y literaria, sacudiéndose el complejo de inferioridad con respecto a la lengua castellana. Señalaba que el catalán es la lengua verdadera de los catalanes; el castellano no podía despertar en ellos iguales sentimientos. Fue el catalán una de las lenguas latinas más perfectas, y vivió momentos esplendorosos. Tal esplendor aún podría resurgir, a pesar de estar corrompido el idioma catalán por demasiados exotismos que fueron entrando en él, fruto de una autoculpable dejación. Rubió concluirá que Cataluña puede aspirar a la independencia. No a la independencia política, ciertamente, toda vez que pesa muy poco en comparación con las demás naciones; pero sí a la literaria. Estos son los primeros brotes, aún tibios, del catalanismo centrífugo¹¹.

Bajo la influencia del romanticismo, una nueva generación de intelectuales empezará a trabajar –desde premisas historicistas– en la restauración de la singularidad catalana, conservando sus tradiciones, recreando su pasado y dignificando su lengua. Muchos literatos se emplearon en esa labor, y también algún pintor (véase la obra *Origen del escudo del condado de Barcelona*, de Claudio Lorenzale). En esta generación no aparecen posiciones rupturistas o separatistas. Sin embargo, quedan echados los cimientos ideológicos del catalanismo ulterior¹². Todo ello estaba emparentado con la emergencia de ciertos historiadores, de los que hablaremos a continuación. Este “renacimiento” del catalán halló expresión en la revista *La Renaixensa*, publicación editada desde 1871 por la Jove Catalunya, considerada la primera asociación cultural específicamente catalanista¹³. Surgió un movimiento de agitación (impulsado por ciertas élites intelectuales) que logró –al menos hasta cierto punto y solo en ciertos ámbitos– que la lengua catalana volviese a ser considerada digna de un uso culto. Un papel destacado en todo este asunto tuvieron los posteriores juegos florales (*jocs florals*). En la segunda mitad del XIX se organizaron tales eventos en diversos lugares. Sin embargo, esa puesta en valor de la potencia literaria del catalán no adquirió desde un primer momento connotaciones explícitamente políticas. Incluso los *jocs florals* celebrados en los territorios con presencia de lengua cata-

11 Horst HINA, *Castilla y Cataluña en el debate cultural. 1714-1939. Historia de las relaciones ideológicas catalano-castellanas*, Barcelona: Península, 1986, p. 115-122.

12 Ángel SMITH, *Los orígenes del nacionalismo catalán. 1770-1898*, Madrid: Marcial Pons, 2019, p. 139-185; Josep Maria FRADERA, *Cultura nacional en una sociedad dividida. Cataluña, 1838-1868*, Madrid: Marcial Pons, 2003, p. 157-195.

13 Carola DURÁN I TORT, *“La Renaixensa”, primera empresa editorial catalana*, Barcelona: Publicacions de l’Abadia de Montserrat, 2001.

lana, tanto en Barcelona como en Valencia, fueron organizados y promovidos por élites educadas en lengua castellana. Sin embargo, el tema lingüístico ya aparecería plenamente politizado en la última década del XIX. El reclamo de la oficialidad exclusiva del catalán aparecerá en 1892, en las Bases de Manresa, uno de los hitos del incipiente catalanismo político (la Lliga de Catalunya se fundó en 1887). Los *jocs florals* serán reivindicados por Prat de la Riba como una suerte de preparación o antecedente de la conciencia nacional catalana. Esa revalorización literaria fue una condición necesaria para la emergencia del movimiento, ciertamente. Los catalanistas habían aprendido muy bien una lección romántico-idealista, a saber, que la lengua debía convertirse en el fundamento más determinante de la nacionalidad¹⁴.

La *Renaixença* se retroalimentó con una historiografía romántica que basculó entre la ingenuidad acrítica y la deliberada manipulación de algunos episodios históricos. Escuchar la “voz de las ruinas”, pues en ellas late el alma profunda de la tradición nacional¹⁵. Se trataba, en cualesquiera de los casos, de una verdadera “invención” del pasado. Los relatos así pergeñados estaban muy preocupados por ensalzar lo específicamente catalán en cada uno de los periodos históricos, casi siempre a la sombra del nocivo influjo castellano. La labor de todos estos historiadores de clarísima inspiración romántica puede ser entendida como un intento (pseudohistórico y literario) de construir “biografías nacionales”. Bajo las coordenadas de una “concepción orgánica” de la nación (debemos entender “nación”, en este contexto, en su sentido puramente etno-lingüístico), cuya historia se comprende como el despliegue de un ser viviente, dichos historiadores pretenderán retrotraerse a los remotos orígenes de dicho organismo. El pasado histórico de la “nación”, poéticamente recreado y narrativamente fabulado, cobrará una relevancia determinante. El presente se ilumina desde aquel pasado legendario, un tiempo mitificado que los contemporáneos deben revivir permanentemente para no quebrar el hálito viviente de la nación. Esto es, la historiografía romántica es puesta al servicio de un programa político incipientemente regionalista que, transcurrido cierto lapso de tiempo, devendrá abiertamente independentista o secesionista. Reinventar el futuro desde un pasado imaginario, o tendenciosamente manipulado. De eso se trataba, en demasiadas ocasiones¹⁶.

Próspero de Bofarull y Mascaró (1777-1859), que puede ser considerado el iniciador de la escuela romántica de historiadores catalanes, publicó en 1836 *Los*

14 Xabier ZABALTA, “¿Del «renacimiento» literario al nacionalismo político? Una comparación entre los territorios de lengua catalana y los de lengua vasca (1850-1900)”, *Historia y Política*, 39 (2018), p. 141-170.

15 Antoni ROVIRA I VIRGILI, *Els corrents ideològics de la Renaixença catalana*, Barcelona: Barcino, 1966.

16 Jaume AURELL, “La formación del imaginario histórico del nacionalismo catalán. De la *Renaixença* al *Noucentisme* (1830-1930)”, *Historia Contemporánea*, 22 (2001), p. 257-288.

condes de Barcelona vindicados. En esta obra del que fuera director del Archivo General de la Corona de Aragón, la historia de Cataluña aparece parcialmente desgajada de la historia general de España. Por cierto, sabemos que adulteró los archivos (concretamente el *Llibre del Repartiment del Regne de València*), para borrar apellidos aragoneses, navarros y castellanos, con el objeto de otorgar más importancia numérica a los catalanes en la conquista y repoblación de Valencia (1238). Una burda manipulación. Otro Bofarull, sobrino del anterior, Antonio de Bofarull y Brocá (1821-1892), fungió también como historiador y literato (e impulsor de los juegos florales). Sostenía que la unión con Castilla fue la causa de la decadencia catalana. Fue autor de algunas obras históricas, de entre las cuales destacó *La Confederación Catalano-Aragonesa* (1872), obra que le confería al Condado de Barcelona el mismo estatuto que al reino de Aragón, lo que no es más que una flagrante distorsión histórica. Antoni Aulèstia i Pijoan (1848-1908), que había participado en la creación de la Jove Catalunya, publicaría una *Història de Catalunya* en dos volúmenes (1887 y 1889). Fue un hito, puesto que fue la primera gran historia de Cataluña escrita en catalán. En ella, la región catalana se desplegaba como una empresa histórica independiente. En todas estas obras toparemos frecuentemente con “poetizaciones” de la Historia. Es decir, hallaremos múltiples manipulaciones y distorsiones de los acontecimientos históricos. Y en ocasiones, puras invenciones.

Pero habría de ser Víctor Balaguer (1824-1901) una de las figuras más relevantes, en todo este asunto. No fue, ciertamente, un secesionista. Era todavía demasiado pronto para eso. Pero de su pluma salieron prefigurados algunos elementos que aparecerían recurrentemente en la doctrina catalanista. Debe mencionarse, como dato significativo (tan típico de todos aquellos historiadores románticos del XIX), que distribuyó sus energías creativas entre la novela histórica, la poesía y el teatro. Y es que lo histórico, lo literario y lo legendario se entremezclaban en las obras de todos estos intelectuales. Las fronteras entre un género y otro se difuminaban. Pero poetizar la Historia es falsearla, digan lo que digan las filosofías posmodernas. El catalanismo político siempre quiso descubrir en el pasado un conjunto de “razones históricas” que justificaran sus ensoñaciones políticas. Pero, en realidad, se limitaron a construir mitos y leyendas (con bastante eficacia movilizadora, eso es verdad) y a distorsionar con mayor o menor disimulo algunos episodios históricos¹⁷. Balaguer, que se hacía llamar “el trovador de Montserrat”, en su *Historia de Cataluña y de la Corona de Aragón* (1860-1863) dejó sentadas las bases de un elemento que tendría largo recorrido en la historiografía catalanista, a saber, la (presunta) confrontación secular de Cataluña y Castilla, entendidas como dos realidades paralelas, disímiles y enfrentadas. Esa “castellanofobia” romántica adquirirá, con el paso de

17 Jesús LAÍN Z, *España contra Cataluña. Historia de un fraude*, Madrid: Encuentro, 2014.

los lustros, tintes cada vez más racialistas. De la contraposición de “caracteres” –que aparecían en todo momento como inmiscibles– se transitaría (lo veremos más abajo en otras figuras del catalanismo) a una contraposición crudamente racial.

Fue Balaguer el principal artífice de la recuperación legendaria de las hazañas medievales de los almogávares, que a su juicio encarnarían de forma arquetípica la combatividad “catalana”. En 1858 incluyó un “Cant de l’almogàvar” en su libro *Amor a la pàtria*. Se configuró de tal modo un mito genuinamente romántico, que contribuía a engrandecer las gestas militares (en buena medida fabuladas o arbitrariamente resignificadas) de la Cataluña medieval. Descubrimos en todo ello una evidente añoranza de las viejas instituciones “catalano-aragonesas” que imperaron en el Mediterráneo. Una querencia irreprimible por lo premoderno. No era más que un tradicionalismo conservador (o netamente reaccionario) que tejía líricas evocaciones nostálgicas de unas supuestas hazañas catalanas que tuvieron lugar en un pasado luminoso. Ahora bien, estas construcciones legendarias pueden terminar configurando mitologías políticas muy pregnantas, pues de alguna manera erigen una narración casi sacralizada del glorioso pasado de la comunidad nacional. Tan es así, por seguir con el ejemplo mencionado, que en los años veinte del siglo XX un grupo de independentistas barceloneses tomó para sí el combativo nombre de *Almogàvers*, cuando ingresaron en la organización militar de *Estat Còtalà*¹⁸. También en el poeta e historiador Pablo Piferrer y Fàbregas (1818-1848) aparecerá un similar entusiasmo por las grandezas medievales catalanas. Con estos mimbres, quedaban sentadas las bases del catalanismo romántico y conservador.

Avancemos en el tiempo, para examinar el núcleo duro del primer catalanismo. Antoni Rovira i Virgili (1882-1949), en el Prólogo que escribió a la edición de 1913 de *La Qüestió de Catalunya*, obra de Francisco Pi y Margall (que había fallecido en 1901), trataba de elucidar los motivos que llevaron a la ruptura (hito determinante en la historia del catalanismo) entre Valentín Almirall (“padre” fundador del movimiento, o uno de los más relevantes) y el propio Pi. Tras algunas consideraciones previas, terminaba concluyendo que el federalismo de Pi y Margall era demasiado “frío” y “apagado”. En cambio, en la posición de Almirall –que ya supo dar el majestuoso salto del federalismo al nacionalismo– había “más vida”. El federalismo, por el contrario, no mostraba una genuina “llama vivificadora”. ¿Qué simbolizaba esa “llama”, utilizada como criterio de distinción por Rovira i Virgili? “Esta llama es el sentimiento de la nacionalidad, creador de la patria viva”. Añadía después que “por su flamear espiritual conoceremos la patria verdadera, la que tiene alma, y ha entrado en

18 Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA, “«Bon cop de falç!». Mitos e imaginarios bélicos en la cultura del catalanismo”, *Historia y Política*, 14 (2005), p. 119-164.

nuestro interior, y nos ha hecho un trozo de ella. Por esto sabemos que la patria verdadera de los catalanes, la patria viva, la de nuestro corazón, la de nuestra habla, la de nuestra sangre, la de nuestra alma, es Cataluña y sólo Cataluña¹⁹. Este texto rezuma espiritualismo, pero debemos notar algo relevante. El criterio utilizado para “conocer” (o, dicho más románticamente, para “intuir”) la realidad de una nación –o para “evidenciar” su indiscutible existencia– era, como cabía esperar, el “sentimiento” de la nacionalidad. Un sentimiento que aparece figurado o simbolizado como una “llama” que titila en nuestros corazones, cuyo “flamear espiritual” ilumina el destino colectivo. El idealismo de tales concepciones es colosal. Ese pasaje “haría las delicias” de Marx y Engels, sobre todo cuando uno piensa en obras como *La ideología alemana*.

Pudiera parecer que lo que Rovira i Virgili reprochaba al federalismo de Pi y Margall es que este se sostenía en un “pacto” demasiado abstracto e intelectualista. Ese pacto federal sería hijo de la “voluntad”, mas no de la “naturaleza”. Almirall, por el contrario, sí habría alumbrado una idea de Cataluña como “patria natural” de los catalanes²⁰. Así, Rovira i Virgili publicará en 1936 *Resum d'història del catalanisme*, obra en la que aborda una vez más esa diferencia de posturas que venimos desgranando. Porque lo que está en juego en semejante discusión es la índole del “lazo” que constituye la nación. Y Rovira desvela el misterio, por fin, cuando advierte que la doctrina de Almirall (a diferencia de la de Pi) reconoce la decisiva importancia de la “savia racial”, que asciende desde los estratos más profundos del terruño, aquellas profundidades en las que se conserva y late la “vitalidad de la nación”²¹. Como bien demuestra Francisco Caja en su magnífica e indispensable obra, fue el “elemento racialista” el que determinó o catalizó la transición desde el federalismo al nacionalismo.

Es verdad que Rovira i Virgili llegará a insinuar que puede detectarse en el propio Pi una cierta evolución –incompleta, en cualquier caso– hacia el catalanismo “auténtico”, puesto que en él fue desapareciendo paulatinamente un cierto “contagio” (término significativo) de las ampulósidades del idioma castellano, lo cual sería una “prueba” inequívoca de que incluso en el propio Pi las “influencias raciales” pudieron más que el medio. La “sangre” que corría por sus venas pudo más que el “verbo”. Léase, la raza pudo más que la “instrucción” o la “educación”²². Pero lo cierto es que no hay racialismo en las consideraciones teórico-políticas de Pi y Margall²³. Es más, se opuso de forma terminante a que la raza constituya un criterio a partir del cual establecer una nación con

19 Francisco CAJA, *La raza catalana. El núcleo doctrinal del catalanismo*, Madrid: Encuentro, 2009, p. 46-47.

20 *Ibidem*, p. 48.

21 *Ibidem*, p. 51-53.

22 *Ibidem*, p. 47.

23 Jorge VILCHES, “Pi y Margall, el hombre sinalagmático”, *Historia y Política*, 6 (2001), p. 57-90.

soberanía propia. El propio Rovira i Virgili lo sabe, y así debe reconocerlo. Sin embargo, buena parte del catalanismo más explícito y militante sí se impregnaría, hasta el tuétano, de racialismo. El giro se estaba completando en muchos de aquellos doctrinarios: del romanticismo espiritualista al racialismo biologicista. Se abrió paso una nueva síntesis de raza y cultura; una perfecta simbiosis de sangre y espíritu. Síntesis y simbiosis que sí se dieron en Valentín Almirall (no así en Pi y Margall). Pero comprobaremos enseguida que los hubo –vaya si los hubo– aún más radicales²⁴.

LOS GLÓBULOS DEL *VOLKSGEIST*

Almirall (1841-1904) promovió en 1882 la creación del Centre Català, tras la ruptura ideológica con Pi y Margall, y lo hizo a partir de las bases fijadas en el Primer Congreso Catalanista (que había tenido lugar en 1880), con el objetivo de defender los intereses morales y materiales de Cataluña. Fue elegido presidente Frederic Soler, pero el propio Almirall fungía como máximo dirigente. Su lema fue *Catalunya i Avant!*. Pretendía erigirse en una suerte de plataforma que aglutinase a todo el espectro catalanista, desde carlistas a federalistas. Desde ella, Almirall promovió en enero de 1885 la celebración de un acto público en la Lonja de Barcelona, al que acudieron varias entidades catalanistas de toda índole. Pretendía ser un gesto de protesta contra la unificación del código civil español. A raíz de tal encuentro, se proyectó elaborar un documento de reclamo (“memorial de agravios”) que sería enviado al mismísimo monarca. Pues bien, una comisión fue encargada de redactarlo. El resultado fue la *Memoria en defensa de los intereses morales y materiales de Cataluña*, cuya autoría correspondió al propio Almirall, ayudado en la parte económica por Ramón Torelló i Borràs. En el argumentario de dicha *Memoria* encontraremos dibujada una irreductible oposición entre Cataluña y Castilla, manifestada en diferentes niveles. Son “caracteres” diferentes, en primer lugar. Eso da lugar a que la sociedad civil catalana no tenga nada que ver con la sociedad civil castellana. Existen notables diferencias en el tejido institucional y en el derecho civil. Pero todo ello quedaba sustentado en una diferenciación racial²⁵.

El federalismo terminó deslizándose hacia concepciones etnicistas. Ya desde 1879 (es decir, mucho antes de la referida *Memoria*) la doctrina de Almirall había empezado a incorporar algunos elementos racialistas, a la hora de “fundamentar” las diferencias insalvables entre catalanes y castellanos. Su *España tal como es* (1886), obra elaborada a partir de una serie de artículos que habían

24 Francisco MARTÍNEZ HOYOS, “El discurso de la hispanofobia: racismo y xenofobia en el nacionalismo catalán”, *Aportes. Revista de Historia Contemporánea*, 84, (2014), p. 183-192.

25 Enric UCCELAY-DA CAL, *El imperialismo catalán. Prat de la Riba, Cambó, D’Ors y la conquista moral de España*, Barcelona: Edhasa, 2003, p. 93-95.

sido publicados en París (y que habían tenido una notable repercusión), arrancaba con una crítica a la imagen distorsionada que sobre la nación española habían pergeñado muchos viajeros y escritores europeos. Pero lo cierto es que él mismo empieza rápidamente a dibujar un retrato caricaturizado y grotesco de los “madrileños”, presentados como una caterva de ociosos y charlatanes que vampirizan a las sufridas regiones. Locuaces parásitos que viven de todo el dinero que succionan a las provincias²⁶. La capital de la corrupción y de la vagancia. Nadie trabaja y todos se divierten. Todas las camarillas políticas, a pesar de sus discordias intestinas, coinciden en sostener a Madrid como el corazón parasitario de un país decadente²⁷. España queda completamente atravesada por la “decrepitud”, la “anarquía” y la “inmoralidad”²⁸. Funesto destino de un país en el que los elementos “enfermos” se han impuesto definitivamente a los “sanos”²⁹. La esperanza de “mejoría” quedaba depositada en lo que él denominaba el “renacimiento catalán”, lanzando un inconfundible guiño a los postulados románticos de la *Renaixensa*³⁰. Almirall trazará un recorrido por la geografía ibérica, cual si fuera un viajante foráneo que va anotando sus impresiones, y Castilla emergerá esbozada con trazos verdaderamente ominosos. Un lugar que rezuma desolación paisajística y antropológica. Ciudades muertas y pueblos sin vida. Y es en este trayecto cuando constatará el talante dominante y absorbente de los castellanos³¹. Se produce aquí una extraña paradoja, pues no se entiende cómo lo desolado y paralizado (Castilla) puede dominar a lo pujante y vivo (Cataluña).

Pero la cosa se pone aún más interesante cuando empieza a “recorrer” Madrid, observando a los diversos transeúntes que pululan por las calles de la capital, muchos de ellos oriundos de otras provincias españolas. Pues bien, observará que “entre los naturales de sus distintas provincias existe mayor diferencia de temperamento, de carácter y de aptitudes que la que puede existir entre los habitantes de las diversas naciones del centro de Europa”³². Almirall postula una profundísima diferenciación étnica entre las diferentes regiones que componen España. Decimos “étnica”, pues no a otra cosa se refieren esas diferencias de “temperamento”, de “carácter” y de “aptitud”. Hoy dirían algunos “diferencias culturales”. Da lo mismo. Se trata de sostener que una persona nacida en Madrid se sentirá extranjera en Tarragona. Que un oriundo de Sevilla se sentirá muy extraño en Lugo. Que el procedente de Valencia se sentirá completamente

26 Valentí ALMIRALL, *España tal como es*, Barcelona: Anthropos, 1983, p. 51-54.

27 *Ibidem*, p. 87-94.

28 *Ibidem*, p. 56.

29 *Ibidem*, p. 58.

30 *Ibidem*, p. 60.

31 *Ibidem*, p. 67-77.

32 *Ibidem*, p. 80-81.

foráneo en Mérida. Que entre todas esas provincias y regiones media un abismo, étnico o cultural, siendo así que la distancia entre ellas es incluso mayor de la que pueda haber entre algunas naciones europeas. De hecho, Almirall hace una observación determinante. Si un viajero que hubiera entrado en territorio español a través de Irún, en vez de emprender el viaje hacia el sur, hubiese decidido marchar hacia el este, a lo largo de los Pirineos, hubiese desembocado en el extremo nororiental de la Península. Y, en tal caso, se hubiese topado allí con una “raza grave y seria” tan radicalmente diferente del “castellano andaluzado” como pueda serlo un francés de un alemán³³. Imaginamos que el adjetivo “andaluzado” aparece ahí para añadirle más dramatismo a todo este asunto de la diferenciación étnico-cultural. Aunque, a su modo de ver, el madrileño no es más que una caricatura degenerada del andaluz verdadero.

En un momento dado aparece el asunto de la lengua como elemento esencial de diferenciación. “Hasta aquí nos hemos limitado a poner de manifiesto las enormes diferencias que existen entre los habitantes de España de habla castellana. ¡Cuántas más encontraríamos si comparásemos entre sí a todos los que hablan lenguas diferentes”³⁴. La lengua es un muro infranqueable. Quien habla otra lengua habita otro mundo. Formas de *ser* que se repelen mutuamente. “Por lo que se refiere a nosotros, catalanes, no sé de carácter alguno que sea más opuesto al nuestro que el castellano”³⁵. De tal modo queda establecida no ya solamente la “diferencia” esencial sino el antagonismo insuprimible entre ambos “grupos”. Una oposición irreconciliable de “caracteres”. ¿Qué resonancias laten cuando Almirall pronuncia el término “caracteres”? ¿Serán acaso las vibraciones románticas del *Volksgeist*? ¿O más bien se tratará de la voz sanguínea del linaje racial? Sea como fuere, el corolario ineludible es que España no puede ser una sola nación unificada. En su seno cohabitan “grupos” (digamos pueblos, culturas y razas) inasimilables entre sí. He aquí la clave de todo este asunto. Todos ellos se encuentran artificiosamente “unificados”, pero tal cosa solo puede tener lugar gracias al despotismo absolutista y centralizador de los castellanos. Madrid, entre otras cosas, ignora o silencia el resurgir de las artes y las letras catalanas³⁶.

Almirall piensa que en España no existe uniformidad racial, sino un compuesto heterogéneo de razas diversas. Ahora bien, tales razas jamás llegaron a mezclarse de una forma sustancial. “Desde los más remotos tiempos de la historia, una gran variedad de razas diferentes echaron raíces en nuestra península, pero sin llegar nunca a fusionarse”³⁷. Convivieron sin amalgamarse,

33 *Ibidem*, p. 81.

34 *Ibidem*, p. 84.

35 *Ibidem*.

36 *Ibidem*, p. 192.

37 *Ibidem*, p. 196.

y cada una de ellas se desplegó de manera diferencial. “En época posterior se constituyeron dos grupos: el castellano y el vasco-aragonés o pirenaico. Ahora bien, el carácter y los rasgos de ambos grupos son diametralmente opuestos”³⁸. La diferenciación racial produjo finalmente realidades históricas divergentes, e incluso antagónicas. Nada tienen que ver las cualidades del “grupo central-meridional” (portador de “sangre semita” y “fatalismo musulmán”) con las cualidades (superiores) del grupo norteño o “pirenaico”. Sin embargo, añadirá con timbre lacrimoso que “nos dejamos remolcar por el grupo castellano”³⁹. El “grupo” pirenaico perdió toda iniciativa y toda capacidad de dirigencia, plegado a los designios absorbentes del grupo central. Ante semejante postración histórica, no quedaba más solución que aniquilar “la uniformidad y el autoritarismo centralizador” y destruir la preponderancia del “grupo centro-meridional”, para lograr un afloramiento del hasta ahora sometido y abatido “grupo pirenaico”⁴⁰. Pero debemos comprender que tal “conflicto” fue leído por Almirall en clave racial. Lo que estaba en juego era una insalvable fractura étnica.

En *Lo catalanisme* (1886) abundará en la misma línea, queriendo asentar el particularismo diferencial de Cataluña sobre bases raciales. Se partirá, una vez más, de la hipótesis de un mosaico de “razas peninsulares” no fusionadas. Se concibe desde tales presupuestos que los diferentes “pueblos” o “etnias” (digamos “culturas”) son una suerte de sustancias herméticamente cerradas, impermeables y replegadas sobre sí mismas. Pero, así lo apunta con acento lúgubre, la impermeabilidad no fue absoluta. Cada “raza-pueblo-cultura” (esta tríada es nuestra, no del propio Almirall, aunque él se mueve en estos parámetros) se desarrolló de forma independiente (no hubo mezcla o fusión). Sin embargo, lo cierto es que a partir de cierto momento los castellanos se abalanzaron parasitariamente sobre Cataluña, ocasionando el decaimiento, la degeneración y la desnaturalización de “lo catalán”. El decadente pueblo castellano, ubicado en el peldaño más bajo de una escala de civilización encabezada por los anglosajones. Por fortuna, el “carácter catalán” seguía muy vivo, a pesar de la pérfida “invasión” castellana. Todavía se conservaban las esencias de la “raza-cultura” catalana; aún era posible que su “personalidad política” fuese “restaurada” (expurgando los elementos advenedizos y postizos). Francisco Caja ha remarcado cómo los hagiógrafos de Almirall (y los historiadores afines al movimiento catalanista) han querido silenciar, ignorar o minimizar su evidentísimo racialismo etnicista (procedente del evolucionismo positivista europeo). Al parecer, en los últimos años de su vida quiso distanciarse de los discursos catalanistas más his-

³⁸ *Ibidem*.

³⁹ *Ibidem*, p. 197.

⁴⁰ *Ibidem*, p. 201.

téricamente radicalizados y odiadores. Pero aquel racialismo quedó plasmado en su doctrina, de forma indeleble⁴¹. También se halla presente en Narcís Verdager i Callís (1862-1918), abogado y político que participó en la gestación de la Unión Catalanista y fue fundador del semanario *La Veu de Catalunya* en 1891 (que a comienzos de 1899 se transformaría en diario, bajo la dirección de Enric Prat de la Riba). Pues bien, Verdager i Callís manejó en alguna ocasión un discurso racista. Consideraba, esta relevante figura del catalanismo conservador, que los castellanos –raza bastardeada y africanizada– eran congénitamente perezosos y fanfarrones. La raza catalana no podía estar emparentada con una estirpe tan degradada.

Rovira i Virgili, al que ya nos habíamos referido, se movía en las coordenadas de un espiritualismo metafísico, cuando en múltiples ocasiones mencionaba la sustancial e insalvable “diferencia” que existía (desde siempre) entre Castilla y Cataluña. Dos “almas” muy diferentes, verdaderamente incompatibles. Aparecen como radicalmente inconmensurables, el “genio” castellano y el “genio” catalán. Dos concepciones del mundo diversas, e incluso opuestas. Castellanos y catalanes, aseveraba sin titubear, jamás podrán entenderse. Son dos “caracteres nacionales” inasimilables. Dos “mentalidades” extrañadas. La incompreensión mutua será siempre abismal. Sin embargo, semejante afirmación de la “diferencia” se deslizará subrepticamente hacia una insinuación más o menos explícita de la superioridad de Cataluña con respecto a España⁴². Pero lo cierto es que el “alma” catalana anduvo por mucho tiempo descarnada y extraviada, mientras que el “cuerpo” catalán se hallaba poseído por un alma impropia y ajena. Tremendos juegos espiritualistas. Mientras Cataluña (como “alma”) se arrastró o flotó en una miserable vida “desnacionalizada”, su cuerpo alojó de forma aberrante el alma de otro pueblo. Debía ponerse fin a semejante monstruosidad. Las almas no pueden mezclarse, pues cada una de ellas alberga un principio vital único e intransferible. Pero tampoco puede un cuerpo (o un “organismo social”) albergar simultáneamente dos almas diversas. A cada cuerpo le corresponde *su* alma. El “cuerpo catalán” reclamaba, ya era hora de que lo hiciera, el alma propia. Ese cuerpo peleaba por recibir el alma que verdaderamente le correspondía, zafándose así del alma postiza que lo atenazaba. El “espíritu catalán”, por su parte, también había despertado y anhelaba encarnarse en su correspondiente cuerpo⁴³.

La lengua constituye el componente más esencial del “alma colectiva”. Los románticos alemanes habían hecho muchísimas gárgaras con esta cuestión. La lengua es la sangre del “espíritu del pueblo”. Pero con semejante aseveración

41 Francisco CAJA, *La raza catalana...*, *op. cit.*, p. 63-64.

42 Antoni ROVIRA I VIRGILI, *Catalunya i Espanya*, Barcelona: La Magrana, 1988.

43 Antoni ROVIRA I VIRGILI, *La nacionalització de Catalunya*, Barcelona: Societat Catalana, 1914.

el espiritualismo romántico quedaba biologizado. Y es que también Rovira i Virgili sucumbe a los hechizos de la “raza catalana”. En su *Història nacional de Catalunya* manejará la premisa de que lo “racial” es aquel factor que, en última instancia, explica las cualidades de los hombres y la historia de los pueblos. Es absurdo negar las diferencias raciales, o no reconocer que existe un “fondo étnico” fijo e invariable en torno al cual gira el devenir histórico. La perspectiva espiritualista se mantiene, pero ahora el “alma del pueblo” se colorea con tonalidades étnicas. Sumergido en las aguas de la “ideología alemana”, hablará de un “espíritu del pueblo” que constituye el “nexo ideal” que coaliga de forma sustancial a los miembros de la comunidad. La llama del “espíritu nacional” resplandece de forma vivificadora, generando un “sentimiento” de pertenencia patriótica. Muchas dosis de idealismo y un romanticismo palmario. Pero esta nacionalidad espiritual se hallaba conectada, en último término, con las “energías de la raza”. La tesis de las insalvables diferencias “espirituales” entre Cataluña y Castilla (diferentes “caracteres”, diferentes “mentalidades”, diferentes “visiones del mundo”) desembocó en la tesis de la diferencia racial. Al fin y al cabo, Rovira i Virgili elogió al racista vasco Sabino Arana e hizo suyas las tesis del historiador rumano Alexandru Dimitrie Xenopol, declarado antisemita y uno de los inspiradores del movimiento fascista Garda de Fier (“Guardia de Hierro”). Su racialismo xenófobo quedará más que evidenciado con el asunto de la inmigración, cuando muestre su honda preocupación por la penetración de elementos no-catalanes en el suelo patrio⁴⁴.

El asunto de la xenofobia tendrá un larguísimo recorrido en el catalanismo político, hasta nuestros días. El historiador Ferran Soldevila (1894-1971) publicará en 1933 un artículo cáustico y ofensivo sobre la inmigración de andaluces y murcianos, fenómeno que él observaba con irreprimible angustia. Había que limitar drásticamente su llegada. Las personas procedentes de la mitad sur peninsular se distinguían por un nivel social bajísimo. Casi todos eran analfabetos y llegaban a Cataluña medio enfermos. Sucios, irresponsables y maleducados. Además, los trabajadores inmigrantes traían consigo ideas peligrosas y radicales (eran propensos a organizar huelgas y a causar desórdenes, contaminando de tal modo a los sensatos y laboriosos obreros catalanes). Muchos de ellos tendían a la marginalidad y a la delincuencia. Se reproducían con demasiada velocidad, para más inri. Repatriarlos era inútil, pues regresaban una y otra vez. Las tierras andaluzas y extremeñas enviaban una población tarada y decadente, sumamente perjudicial para la vida social y espiritual de Cataluña⁴⁵.

⁴⁴ Francisco CAJA, *La raza catalana...*, *op. cit.*, p. 305-312.

⁴⁵ Ferran SOLDEVILA, *Entre la dictadura i la revolució*, Barcelona: Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 2009, p. 220-222.

Chris Ealham, en un magnífico libro, se refiere a cierto episodio acaecido en las conflictivas calles de Barcelona, en algún momento a comienzos de los años treinta.

“Algo parecido ocurrió con los miles de obreros marginados por la política excluyente de ERC y el estereotipo que hacía de los inmigrantes como «murcianos». La manifestación más notoria de este sentimiento de exclusión fue la colocación de un cartel que decía: «¡Cataluña termina aquí! ¡Aquí empieza Murcia!», en la frontera de Barcelona y el *barri* de Collblanc de l’Hospitalet, cuya población predominantemente inmigrante fue vilipendiada por las autoridades, los sectores nacionalistas y las asociaciones patronales a lo largo de toda la República (...) En una muestra de solidaridad con esta comunidad discriminada, los militantes cenetistas (se refiere al sindicato CNT) y anarquistas se describirían a sí mismos como «murcianos»⁴⁶.

La aporofobia de Esquerra Republicana de Catalunya (también presente en otros grupos nacionalistas), organización presuntamente progresista e izquierdista, quedó evidenciada en ciertos discursos y en algunas acciones de carácter abiertamente xenófobo.

Josep Anton Vandellós i Solà (1899-1950), que ocupó la cátedra de Estadística en la Universidad de Barcelona entre 1933 y 1936, manejó tesis abiertamente racistas. En 1932 publicó un manifiesto (que recibió el apoyo de miembros insignes del Institut d’Estudis Catalans) en el que se oponía sin medias tintas a la “mezcla” de los catalanes auténticos (de pura cepa) con los inmigrantes pobres llegados de otros puntos de España. Sostuvo las mismas tesis en su libro *La immigració a Catalunya*, publicado en 1935. Abundó en lo mismo con la obra divulgativa (derivada de la anterior) titulada *Catalunya, poble decadent*, aparecida ese mismo año. Alertaba sobre las nefastas consecuencias de la llegada incontrolada de una población no “asimilable”. Conspicuos representantes del catalanismo (Pompeu Fabra entre ellos) firmaron en 1934 otro manifiesto: “Para la preservación de la raza catalana”. Una sinceridad aplastante, qué duda cabe. El objetivo propuesto era la creación de una Sociedad Eugénica destinada al estudio de los inconvenientes de la mezcla de los catalanes con otros pueblos. Asustaba mucho la posible degeneración genética ocasionada por tales mixturas. Semejante clima de opinión, consecuencia de la irritación xenófoba

⁴⁶ Chris EALHAM, *La lucha por Barcelona. Clase, cultura y conflicto, 1898-1937*, Madrid: Alianza, 2005, p. 204.

que provocaban esas oleadas migratorias procedentes de otras regiones españolas, interpretadas como aluviones insidiosos de gentes “extranjeras”, estuvo presente (de forma más larvada o más explícita) en los círculos catalanistas a lo largo de todo el siglo XX. Porque esas perniciosas “invasiones” desnaturalizaban y corroían la consistencia del cuerpo social catalán⁴⁷.

Regresemos a Rovira i Virgili. En su obra *El Nacionalisme* (1916) desgarnará los elementos constitutivos de la nación; la “raza” es uno de ellos. Bien es verdad que no habla de “razas puras”, y que entre aquellos elementos aparecen también la “cultura”, la “lengua” o la “comunidad de derecho y costumbres”⁴⁸. Parece imponerse una idea de nación espiritualista o cultural. Sin embargo, dicha “espiritualización” nunca abandonará del todo ciertos lastres etnicistas. Volverá a sugerir que la lengua es el signo de la raza. Vaharadas de xenofobia se desprenden de sus palabras, cuando comenta el fenómeno de la inmigración (como apuntábamos hace un momento), advirtiendo que demasiados elementos “externos” pueden terminar siendo “indigeribles” e “inasimilables”. En este punto lo espiritual vuelve a comprenderse con metáforas orgánicas⁴⁹. Entonces se hablará de “invasión” y “ocupación” del propio territorio por parte de elementos no-naturales. El enemigo se ha “infiltrado”; lo tenemos metido en casa. Inmigración que equivale a “desnaturalización” de la nación. Se han de tomar las medidas oportunas, sin dilación.

Hay otro asunto más. Aquel que no es catalanista no es verdaderamente catalán. Un aserto furibundo. Quien no experimenta de una forma plena –en todos los gestos de su existencia– el sentido de la “catalanidad”, es un “desnacionalizado” que ha traicionado al espíritu de su pueblo. Semejante traidor se hallaría por fuera de la sagrada “comunidad nacional”. Sería un individuo espiritualmente quebrado y sentimentalmente fracturado. Más aún, tendría “injertado un suero” que habría “neutralizado” la “catalanidad original de su sangre”. Estas últimas son palabras textuales de Rovira i Virgili. Al final, después de tantos aspavientos romántico-idealistas, resulta que aquella prodigiosa “comunidad espiritual” es también una “comunidad de sangre”. Espiritualización de la raza o racialización del espíritu, lo mismo da. “Un catalán que no es catalanista es un catalán sin ideal de raza”. Es obligación impostergable salvaguardar la “personalidad nacional” de Cataluña, pero tan perentorio cometido se interpreta igualmente como una conservación de la “sangre” propia. Que la “raza catalana” no perezca⁵⁰.

47 Montserrat CLUA I FAINÉ, “Catalanes, inmigrantes y charnegos: “raza”, “cultura” y “mezcla” en el discurso nacionalista catalán”, *Revista de Antropología Social*, 20 (2011), p. 55-75; Francisco CAJA, *La raza catalana (segunda parte). La invasión de los ultracuerpos*, Madrid: Encuentro, 2013.

48 Antoni ROVIRA I VIRGILI, *El nacionalisme*, Barcelona: Edicions del Cotal, 1989

49 Antoni ROVIRA I VIRGILI, *Nacionalisme i federalisme*, Barcelona: Edicions 62, 1989.

50 Francisco CAJA, *La raza catalana...*, *op. cit.*, p. 321-323.

ROMANTICISMO Y RACIALISMO EN PRAT

Otro de los insignes “padres” del catalanismo fue Enric Prat de la Riba (1870-1917). Fue tal vez el más importante de todos ellos⁵¹. Llegó a ser elegido presidente de la Diputación de Barcelona, en 1907. Colaboró en *La Renaixensa* de Ángel Guimerá y Pere Aldavert. Pero se convirtió en un intelectual de relevancia en la sociedad catalana con la publicación en 1894 de su *Compendi de la doctrina catalanista*, escrito junto a Pere Muntanyola, una obra especialmente diseñada para sentar los dogmas ideológicos del incipiente movimiento. Un verdadero manual de nacionalización, que alcanzó un tiraje de 100.000 ejemplares. Lo primero que enseñaba este catecismo (fue concebido como tal por los propios autores) era la “desnaturalización” en la que se hallaba sumida Cataluña. El “espíritu” de la nación catalana vagaba extraviado, como un alma en pena. Peor aún, se le quiso hacer encarnar en un organismo completamente ajeno y artificial: el Estado español. Y es que una “nacionalidad” que no dispone de un Estado *propio* es como un “espíritu” privado de *su* correspondiente cuerpo. Todo lo cual no es más que “ideología alemana” funcionando a pleno rendimiento.

Cataluña encontraría el camino de la libertad zambulléndose íntegramente en los misterios sagrados de la propia lengua. Pensar en catalán y sentir en catalán. Pero también rescatando de algún modo el viejo derecho medieval. Por ello, el texto ponía el acento en la esplendorosa historia (mitificada) de la así llamada “confederación catalano-aragonesa” (inexacta y ucrónica denominación *inventada*, como ya habíamos mencionado, por Antonio de Bofarull y Brocà), creyendo hallar en ella un modelo para la regeneración del presente. El inicio de la decadencia catalana debía situarse, por ende, en la funesta unión de las Coronas de Castilla y Aragón. Desde entonces, Cataluña no dejó de sufrir un agravio tras otro. Bien es verdad que –junto a estas ideas románticas, medievalistas y tradicionalistas– emergerán en Prat de la Riba destellos abiertamente racialistas. Debemos recordar que en Francia se aproximará a la Liga Antisemita de Jules Guérin, inquietantes amistades que le brindarán la oportunidad de publicar en París su panfleto *La question catalane* (1898)⁵².

Prat no titubeará (tampoco lo harán otros catalanistas) a la hora de señalar que los catalanes son “arios” y los castellanos “semitas”, así sea que dicha diferencia (insalvable) sea de orden “espiritual”. Pero en realidad asistimos a una biologización del *Volksgeist*, toda vez que el “carácter nacional” se halla grabado en la sangre. “Los castellanos, que los extranjeros designan en general con la

51 Giovanni C. CATTINI, *Prat de la Riba i la historiografia catalana. Intel·lectuals i crisi política a la fi del segle XIX*, Catarroja-Barcelona: Afers, 2008.

52 Francisco CAJA, *La raza catalana...*, *op. cit.*, p. 225.

denominación de españoles, son un pueblo en el que el carácter semítico es predominante; la sangre árabe y africana que las frecuentes invasiones de los pueblos del sur le han inoculado se revela en su manera de ser, de pensar, de sentir y en todas las manifestaciones de su vida pública y privada⁵³. Semejante perorata no se queda en un plano “descriptivo” (aunque la mera “descripción” sea ya, en sí misma, fantasiosa), puesto que Prat atribuye a los “semíticos” castellanos una serie de caracterizaciones repletas de connotaciones denigrantes y peyorativas. Porque los catalanes “arios” son superiores, en efecto. El público francés debía saber que la enfermedad de España es incurable. ¿Por su Historia “oscura” o por su sangre contaminada? Por ambas, en realidad. España era la “Turquía de Occidente”, esto es, un pueblo bárbaro y ajeno a la civilización europea⁵⁴. Por todo ello, la anexión de Cataluña a Francia llegó a ser contemplada como una posible solución. El Estado español, mecanismo bestial de un pueblo degenerado, había penetrado invasoramente en Cataluña. Es curioso, pero Prat nunca se preguntó cómo, en todo caso, un pueblo tan corrompido, torpe y deleznable pudo sojuzgar durante tanto tiempo a otro pueblo tan evidentemente superior.

El joven Prat no solo se alimentó del antisemitismo francés. También se abrazó a las doctrinas contrarrevolucionarias de Joseph de Maistre, asumiendo sus tesis “organicistas” (en lo que al orden social y al Estado se refiere) y rechazando explícitamente (por artificiosas y abstractas) todas las doctrinas procedentes de la Revolución Francesa, de Rousseau y de la Ilustración⁵⁵. Lo consuetudinario (plasmado en las tradiciones orgánicamente sedimentadas) es superior a la ley escrita (una convención arbitraria y contingente). El igualitarismo, por lo demás, era juzgado como una filosofía política falsaria. De igual modo, comprobamos toda la ideología romántico-idealista que late en su concepción, cuando asevera que los Estados herederos de aquellas revoluciones modernas son en realidad maquinarias artificiales que se alzan sobre el aplastamiento de las auténticas naciones (las naciones “naturales” o “étnicas”, dice literalmente). En *La nacionalitat catalana* (1906) sostuvo que el Estado español es una “entidad artificial” (una realidad contingente que puede ser hecha y deshecha por la voluntad de los hombres) mientras que Cataluña es una “comunidad natural” (una realidad necesaria, anterior y superior a la voluntad de los hombres)⁵⁶. Aquellas “patrias chicas” que habían sucumbido (quedado sepultadas) con la emergencia del Estado moderno (un rodillo “nivelador”) constituían el anclaje de las “verdaderas” naciones (cuyo “espíritu” o “alma” aún

⁵³ Enric PRAT DE LA RIBA, *Obra completa. 1887-1898*, vol. I, Barcelona: Edicions Proa, Institut d'Estudis Catalans, 1998, p. 615.

⁵⁴ *Ibidem*, p. 615-616.

⁵⁵ *Ibidem*, p. 264-268.

⁵⁶ Enric PRAT DE LA RIBA, *La nacionalitat catalana*, Madrid: Biblioteca Nueva, 1998, p. 70.

vivía, pese a todo). Cataluña, por supuesto, era una de esas “naciones naturales” sin Estado propio (o, peor aún, subsumidas en un Estado ajeno y extraño).

Pensaba que Castilla y Cataluña constituyen dos realidades sustancialmente distintas, insolubles la una en la otra, pues cada una de ellas poseía un “alma” diferente. El asunto queda planteado como una lucha de culturas (trasunto de la “lucha de razas”), pero siempre envuelto en una tonalidad plañidera y victimista. Cataluña se quedó “sin cultura propia” y fue asimilada a la “cultura castellana”. Perdió su propia “personalidad” y se convirtió en “provincia”⁵⁷. En el subtexto de esto último existe una falacia, a saber, que Cataluña se “convirtió” (degenerativamente) en una provincia porque *previamente* era otra cosa. ¿Qué cosa? ¿Una nación milenaria? ¿Algún tipo de unidad política soberana e independiente? Desde luego que no; eso jamás tuvo lugar. Pero sigamos analizando el argumentario de Prat. Cataluña era, a su modo de ver, un ejemplo de aquellas “almas nacionales” que subsistían sin un cuerpo propio en el que poder “encarnarse”, artificialmente encajadas (violentamente incrustadas) en un artefacto extraño. Tal situación quedaba definida como una “anormalidad morbosa”⁵⁸. Pero ese “espíritu catalán” subsistió a pesar de los pesares, oculto en las entrañas de la “tierra” de nuestros muertos y agazapado en los modos de vida de las gentes rurales⁵⁹.

Prat conectará en algunos momentos con las tendencias más netamente románticas de la *Renaixença*, dejándose llevar por una cierta nostalgia de la Cataluña medieval y lamentándose por los extravíos “racionalistas” y “universalistas” que trajo consigo la insidiosa modernidad. La “revolución romántica” combatió los principios de ese orden frío y artificial⁶⁰. Se identificó con la filosofía de la historia de Herder y también con los principios de la alemana “escuela histórica del derecho”, de Savigny⁶¹. Cada nación erige un derecho propio y diferenciado, siendo la expresión única de su “genio” o carácter. Y solo tendrá palabras de elogio para los filósofos nacionalistas alemanes que hicieron todo lo posible para recobrar la grandeza del extraviado espíritu germánico⁶². Y es que la “libertad francesa”, terriblemente “niveladora”, destruye la singularidad y aplasta la diversidad. Se trataba de vindicar el particularismo diferenciador, frente al “igualitarismo” uniformista y homogeneizador. Asoma en tales comentarios un regusto neofeudal, antiprogresista y antimoderno⁶³. Convenía recuperar las esencias perdidas (las “señas de identidad”, que dirían hoy). Su-

57 *Ibidem*, p. 36.

58 *Ibidem*, p. 63.

59 *Ibidem*, p. 39.

60 *Ibidem*, p. 81.

61 *Ibidem*, p. 84.

62 *Ibidem*, p. 83.

63 *Ibidem*, p. 51.

mergirse en los abismos pretéritos del propio terruño para buscar el “alma” propia. Y es que el “espíritu de la nación”, maltratado pero inmarcesible, habita en esa tierra sagrada que da cobijo a nuestros muertos, en la memoria indeleble de los ancestros y en el legado de una viejísima tradición. Lo lingüístico es determinante. Embebido de las tesis romántico-idealistas de un Herder, entendía Prat que la lengua de un pueblo es su alma misma hecha verbo. “Cada nación piensa como habla y habla como piensa. (...) El que atente a la lengua de un pueblo, atenta a su alma y la hiere en la fuente misma de su vida”⁶⁴. Lengua es lo mismo que nacionalidad. Tan es así, que el territorio de dicha nacionalidad abarcará hasta donde se extienda el uso de la lengua⁶⁵.

El espíritu individual queda soldado de forma indeleble al “alma colectiva”. Todos y cada uno de los rasgos de nuestro ser provienen del “espíritu nacional” que nos envuelve. Como en Herder, los individuos nacen (por “segunda” vez) en el interior de una cultura (nación); de ella lo absorbemos todo y gracias a ella nos *formamos* en el sentido pleno de la palabra. Todo lo que *somos* se lo debemos a esa unidad superior llamada “espíritu colectivo” o “nacionalidad”. Pero esa nacionalidad no es otra cosa que una “unidad de cultura”. Y cada cultura debe disponer de su propio Estado⁶⁶. Un Estado que se nutriría de la savia vital de esa “cultura” (concebida como una realidad preexistente al propio Estado, toda vez que ella suspira por tener uno). Habitamos en un líquido amniótico cultural que nos alimenta y nos da calor; crecemos y adquirimos forma dentro de él. Romanticismo puro, el de Prat. Ese *Volksgeist* que nos da la vida es una sustancia indestructible. En ocasiones puede malvivir e incluso vegetar, por no tener un lugar en el que arraigar. Pobre espíritu sin materia. Su esencia no muere, pero agoniza.

Fueron los románticos los primeros en aprehender la dimensión profunda del problema. Mientras políticos y abogados se enredaban en estériles discusiones federalistas, regionalistas y descentralizadoras, aquellos talentos sentimentales supieron expresar el verdadero drama del alma catalana. “Eran los enamorados de la lengua catalana, que lloraban humillada y maltrecha, de aquella lengua que buscaban amorosamente por valles y montañas, escudriñando la memoria del pueblo y las obras de las generaciones pasadas; eran los pacientes deletreadores de pergaminos, orientados siempre hacia el pasado, donde veían una Cataluña libre, fuerte, grande; eran los copiadotes de canciones, los registradores de piedras viejas, los fervientes adoradores de catedrales y monasterios, buscadores del oro puro de la tradición catalana”⁶⁷. Un párrafo muy esclarecedor. Los primeros en “ver” la postración del “alma catalana” fueron

64 *Ibidem*, p. 85.

65 *Ibidem*, p. 86.

66 *Ibidem*, p. 99.

67 *Ibidem*, p. 55-56.

los románticos tradicionalistas, que soñaban con restaurar no se sabe bien qué viejos tiempos premodernos.

Debemos poner énfasis en su medievalismo, al que ya habíamos hecho alusión. Prat pensó durante mucho tiempo que los catalanistas estaban allí para recuperar una vieja esencia. Contemplaba con arrobos los fulgores de la gran Cataluña medieval, aquellas instituciones añejas tan hermosamente articuladas. Un tiempo aquel en el que los catalanes disponían de organismos administrativos propios. En un famoso discurso, pronunciado con ocasión de su asunción de la presidencia del Centre Escolar Catalanista de Barcelona (en el curso 1890-1891), al referirse a la “Pàtria Catalana” como la única de los catalanes, proclamó su rechazo de la “Edat Moderna”. Y es que el momento de mayor esplendor de la patria catalana habría coincidido con el “apogeo” civilizatorio de la Edad Media. Cuánta nostalgia. Pero, a medida que nos acercábamos a la Edad Moderna, se iban perdiendo aquella fuerza y aquel poder⁶⁸. Su amor por lo medieval reaparecía un año después, en su intervención durante la asamblea de la Unió Catalanista que aprobó el texto definitivo de las “Bases de Manresa”. A su juicio, el documento no se ajustaba lo suficiente a las tradiciones políticas catalanas, esto es, a las viejas instituciones de la gloriosa Cataluña medieval⁶⁹. Escribió un trabajo que resultó premiado en los *jocs florals* de 1898 (editado con posterioridad, en 1918) que se titulaba *Compendi de la història de Catalunya*. Presentaba en él una fantástica nación, con unos orígenes que se remontaban diez siglos antes del nacimiento de Jesucristo. Pero el núcleo de la obra recaía en el capítulo titulado “La nació catalana en l’Edat Mitja”. En aquellos siglos, que van del VIII al XV, vivió la inveterada nación de forma libre y autogobernada. Antoni Rovira i Virgili llegó a decir lo siguiente: “Prat no era modern ni antic: era medieval, un medieval perfecte”⁷⁰. O un perfecto reaccionario, cabría decir.

Regresemos a *La nacionalitat catalana*. La nostalgia romántica era insuficiente, a pesar de todo. Es verdad que con ella el “ser de Cataluña” empezó a despertar, pero lo hizo de forma incompleta. La verdadera autoafirmación aún no se había producido. Aquellos románticos “no veían la separación”, no la sentían plenamente. Y es que la cultura castellana aún los recubría, como un sedimento extraño del que aún no habían podido zafarse. Esa costra castellana se había enquistado en su espíritu, como una segunda naturaleza superpuesta y exótica de las que no podían desasirse. Lloraban los males de la lengua catalana y enviaban hermosas composiciones a los juegos florales, pero después llegaban a casa y seguían hablando en castellano. Había que terminar de una

68 Enric PRAT DE LA RIBA, *Obra completa...*, *op. cit.*, vol. I, p. 138.

69 *Ibidem*, p. 160-163.

70 Antoni ROVIRA I VIRGILI, *Prat de la Riba*, Barcelona: Edicions 62, 1968, p. 161.

vez con aquella “monstruosa bifurcación de nuestra alma”, admitiendo por fin que *éramos* catalanes y nada más que catalanes⁷¹. Ser lo que siempre fuimos, aunque hubiéramos llegado a perder la conciencia de serlo. Pero la “conciencia” dormida podrá “despertar”. Prat lo tenía clarísimo, pues “veía” con total nitidez que Cataluña tenía una lengua, un derecho y un arte “propios”; que tenía un “espíritu nacional”, un “carácter nacional” y un “pensamiento nacional”. Cataluña era una nación, que suscitaba un “sentimiento de Patria”⁷².

Aquellos románticos catalanistas (a pesar de su loable labor preparatoria) no fueron capaces de sentir la profunda “separación” que mediaba entre Cataluña y los otros pueblos (o las otras razas). Aseveraba que son “irreducibles” las “diferencias” que median entre Cataluña, Castilla, Vasconia o Galicia. Y aquello que las “separa” de forma tajante e irreparable no es otra cosa que la “lengua”. Es ella la que convierte en “extranjeros” a unos hombres con respecto a otros⁷³. Observamos en este punto una concepción sustancialista y monadológica, pues todas esas “culturas” se hallarían cerradas de una forma casi hermética, abismadas en su propia interioridad. Esas entidades podrán coexistir en un mismo espacio (de forma artificial y forzada), pero jamás se entremezclarán, toda vez que son insolubles las unas en las otras. Tan insalvable y sustancial diferenciación se originaba, primordialmente, en el ámbito lingüístico. Las lenguas separan de una forma ontológica. Partiendo de este marco, construye un relato de las penurias del “alma” catalana en su búsqueda de sí misma. De alguna forma, el “espíritu nacional” de Cataluña estuvo por demasiado tiempo “fuera de sí”. Pero ahora trataba de alcanzar su “ser para sí”. Es más, cuando el espíritu catalán arribó a una autoconciencia plena, comprendió que necesitaba “expandirse”. Llegados a ese punto, precisaba ir más allá de sí mismo. Prat coqueteó con ideas imperialistas, como veremos enseguida.

Pobre alma descarnada y flotante –la de Cataluña– vagando secularmente, despojada de su correspondiente cuerpo. ¿No era Cataluña un “organismo viviente”? En algunos momentos Prat manejó ideas organicistas. Pero en su concepción básicamente idealista Cataluña era más bien un “espíritu” o una “conciencia”. Existe una misteriosa y poderosa fuerza –se la puede denominar “espíritu nacional”– de la cual surgen el derecho, la lengua, la moral y el arte de un pueblo⁷⁴. De tal espíritu brotaba, muy bien ensamblada, una cosmovisión entera. Se referirá con palabras encomiosas a la *Völkerpsychologie* (“psicología de los pueblos”), una “gran escuela” que se propuso “estudiar el alma de las razas”⁷⁵. Tampoco podía faltar el aspecto telúrico, puesto que otro elemento de

71 Enric PRAT DE LA RIBA, *La nacionalitat catalana...*, *op. cit.*, p. 56.

72 *Ibidem*, p. 61.

73 *Ibidem*, p. 52.

74 *Ibidem*, p. 88.

75 *Ibidem*, p. 89.

la nacionalidad será la “tierra”, que “amasas” a los hombres de una determinada forma, dándoles un temple particular. Nacionalidad y raza no quedan identificadas en su doctrina, eso es cierto. Es la lengua quien funge como manifestación más perfecta del “espíritu nacional”. Pero lo étnico tampoco está completamente ausente. De hecho, asevera que la “raza” es un factor o componente “importantísimo” (sic) de la nacionalidad⁷⁶.

Sea como fuere, aquel *Volksgeist* catalán anhelaba reencontrarse a sí mismo. Y es que “caerá el derecho, enmudecerá la lengua, se borrará hasta el recuerdo de su existencia, mas por debajo de las ruinas seguirá latiendo el espíritu del pueblo, prisionero del derecho y la lengua y el poder de otro pueblo, pero luchando siempre y aguardando la hora de hacer salir otra vez a la luz del día su personalidad característica”⁷⁷. El espíritu del pueblo catalán subsiste, por muy descomunales y opresivas que hayan sido las fuerzas que trataron de acogotarlo. El catalanismo político no es más que la expresión definitiva de esa búsqueda de un espíritu que desea desplegarse sin trabas, restaurando su plenitud. La “nacionalidad catalana” solamente podrá reconciliarse consigo misma, alcanzado un estadio de “ser para sí”, mediante la expurgación de todos los elementos castellanos. Ese debería ser el programa de acción. Porque el espiritualismo romántico de Prat se aúna con el organicismo, cuando advierte que tal proceso liberador implicaría la expulsión de un mecanismo artificial y foráneo (el Estado español) que permitiría el afloramiento de la “nación natural” (Cataluña). Pero, si esa “nación natural” (auténtica y originaria) tiene ahora que “aflorar” o “salir a la superficie” (útese cualquier otra expresión análoga), ¿dónde había permanecido todo este tiempo? Era un “espíritu” errante (que casi siempre anduvo sin cuerpo) atravesando los siglos. Una sustancia vaporosa pero indeleble. Semejante doctrina es pura metafísica, un idealismo ramplón no exento de etnicismo.

Por lo demás, la derivación última de tal proyecto será el “imperialismo catalán”. Cuando la nación, ya dueña de sí misma (libre y soberana), alcance un punto álgido de plenitud vital, en ese momento, querrá derramarse más allá de sus actuales límites. Hinchida de sí misma, deseará anegar las tierras colindantes, para expandir por ellas su propio espíritu⁷⁸. Una irradiante explosión de catalanidad. Suele considerarse que el término *Països Catalans* fue acuñado por Benvingut Oliver en 1876. La idea flotó vagamente en los pequeños círculos catalanistas. Ya en 1899, un joven barcelonés llamado Josep Pijoan i Soteras, en un texto aparecido en *La Renaixensa*, divulgaría una idea abiertamente imperialista. No podrá ignorarse por más tiempo la “voz de la

⁷⁶ *Ibidem*, p. 90.

⁷⁷ *Ibidem*, p. 92.

⁷⁸ *Ibidem*, p. 113.

sangre”, afirmaba categóricamente, y más pronto que tarde habrán de reagruparse valencianos, catalanes y mallorquines. Cuando tal cosa suceda, y “toda la raza se haya unido en un abrazo”, las reivindicaciones patrióticas tomarán una fuerza extraordinaria. Pijoan se resiste a renunciar a Aragón, “viejo aliado” e “infatigable compañero”, y pareciera soñar nostálgicamente con una restitución de la Corona de Aragón bajo la hegemonía catalana. Pero concluye que, con o sin los aragoneses, lo perentorio es que la “raza catalana” (sic) pueda estrechar lazos para unirse bajo una misma bandera⁷⁹. ¿Quién pertenecerá a la “raza catalana”? Los habitantes de Mallorca, Menorca, Valencia... Pero lo cierto es que el espacio ampliado de la catalanidad quedará vertebrado, sobre todo, por la lengua. Los “países catalanes” coinciden (esta es la fantasía primordial) con aquellas zonas geográficas en las que existen catalanohablantes. Serán las fronteras lingüísticas, como había sostenido Fiche, las que determinen la extensión de la nacionalidad⁸⁰. La identidad de la patria catalana ya no quedará sustentada tanto en argumentaciones historicistas (reivindicando no se sabe bien qué viejas instituciones de la Corona de Aragón), sino que se utilizará de forma preponderante ese argumentario de sabor romántico-idealista. Pertenecerá a la nación catalana cualquier territorio en el que existan catalanohablantes vivos o vestigios de que alguna vez se habló el catalán. El pancatalanismo tendrá un sustento básicamente lingüístico, por ende.

Prat permaneció en un sanatorio francés (en Durtol) desde el otoño de 1902 hasta finales de 1903. En aquel lugar experimentó una suerte de epifanía patriótica, que plasmaría en un artículo titulado “De lluny”, aparecido el 1 de enero de 1904 en *La Veu de Catalunya*. “Ha perdido muchas cosas nuestra raza. Los que hablan de aquella Cataluña que cierra el Ebro y acaba en los Pirineos no han sentido el palpito anímico de nuestra tierra, corriendo centenares de kilómetros hacia el corazón de Francia”. Así decía, en un texto realmente jugoso. Comienza con tono pesimista, aduciendo que la “raza” catalana se halla, en el presente, demasiado decaída como para recordar su majestuoso pasado. ¡La vieja Cataluña penetraba muchos cientos de kilómetros en lo que hoy llamamos Francia! Y es que hubo un tiempo en el que la patria fue muy extensa. Confiesa Prat que él sí ha sido capaz de “sentir” (atención a esto) “el palpito anímico de nuestra tierra”. Muchas fueron las veces que soñó Prat con aquella nación inmensa (así lo reconoce, en el mencionado artículo). Él aprendió a *sentir* las verdaderas dimensiones de la nación catalana, que en el presente se hallaba tristemente encajonada entre el Ebro y los Pirineos. Pero, originariamente, su extensión era mucho mayor. Exhibiendo aptitudes etnográficas muy excelsas, nos cuenta que en todos los pueblos de la región francesa Languedoc-

79 Enric UCCELAY-DA CAL, *El imperialismo catalán...*, op. cit., p. 186-187.

80 Johann Gottlieb FICHTE, *Discursos a la nación alemana*, Madrid: Tecnos, 2002.

Rosellón se percibe aún el palpito de lo catalán. Si se aparta la pátina civilizatoria que vino del Norte para recubrir todas estas comarcas, enseguida toparemos con ruinas y vestigios (en el habla de los campesinos, en la arquitectura o en la toponimia) que demuestran fehacientemente que aquella región hoy francesa perteneció en un tiempo a la nación catalana.

A poco que escarbemos en la capa francesa, que Prat denomina “costra nueva forastera”, nos hallaremos en una tierra que sentiremos como propia. Pues, de hecho, aquellas tierras fueron catalanas. ¡Enorme y grandiosa tarea sería la de “resucitar” (así dice) aquella vieja y sublime Cataluña! Románticas y nostálgicas ensoñaciones de una Cataluña que en algún momento llegó a ser, así lo presupone él, muy poderosa. Quién pudiera recuperar aquello. Pero su pancatalanismo imperialista será primordialmente lingüístico y culturalista⁸¹. Cataluña es una “unidad cultural” que puede y debe derramarse y desparramarse, sobre todo en aquellas áreas culturalmente “afines”. Erigir una “Cataluña grande” es posible. Barcelona mirará de tú a tú a París y a Madrid. No todos los nacionalismos pueden llegar al gran momento del florecimiento imperialista. Hay naciones incapaces de hacer grandes cosas. Pero Cataluña sí puede.

UN RACISMO INDISIMULADO

Resulta ineludible hacer referencia a Pompeyo Gener (1848-1920). Fue uno de los principales propagadores de las ideas raciales, dentro del universo catalanista. Embebido de cientificismo y positivismo, sostenía sin pudor que las ciencias naturales (y las ciencias sociales atravesadas de naturalismo) habían aniquilado para siempre el “principio de igualdad jacobino”. Los programas políticos inspirados en Rousseau o en Proudhon habían de quedar terminantemente desacreditados. La inspiración, ahora, tendría que provenir de las ciencias positivas y de figuras emblemáticas como Darwin, Herbert Spencer o Paul Broca. Porque la noción que debiera servir como nuevo centro de gravedad era, a su juicio, la existencia de una inerradicable “desigualdad natural” entre los seres humanos⁸². Gener extrajo todas estas nociones de su cercanía al escritor y fisiólogo francés Jules Soury, convencido antisemita que defendía un determinismo biologicista casi absoluto. Sostenía que cualquier conducta humana, más allá de los espejismos de la conciencia, viene prefigurada por la incoercible fuerza de lo hereditario. Una tesis que tenía su correlato histórico-político, toda vez que ese determinismo hereditario también se aplicaba en un plano colectivo: los antepasados (los muertos) ejercían su inexorable influjo sobre los vivos. Somos, en un sentido completamente literal, lo que ya *fuieron* nuestros ancestros.

81 Enric UCCELAY-DA CAL, *El imperialismo catalán...*, op. cit., p. 188-193.

82 Francisco CAJA, *La raza catalana...*, op. cit., p. 74-75.

Hemos heredado su carácter, y nuestra substancia vital se halla enteramente moldeada por lo que ellos nos legaron. En nuestro sistema nervioso se hallan cuajadas y cristalizadas todas las determinaciones heredables que fueron configurando (secularmente) el ser íntimo de nuestra hechura biológica. De ahí procede el culto a los muertos, y en ello encontramos el secreto de la continuidad profunda de una misma etnia y de una misma nación. Esto defendía Soury, y Gener lo leyó con atención.

Pero en el pensamiento del ideólogo catalanista también influyó de forma notable la Société d'Anthropologie de París (en la que destacaba la figura de Broca). Gener llegó a la capital parisina en 1878, y enseguida se empapó de toda la antropología racialista francesa. Cuando regresó a Barcelona, atesorando todas estas ideas, se convirtió en una referencia para los jóvenes modernistas que pululaban por la Ciudad Condal. En 1887 publicará *Herejías. Estudios de crítica inductiva sobre asuntos españoles*. Fue su obra más influyente. En ella arremetió contra el “idealismo democrático” y contra el sufragio universal. Aparecerán en sus disquisiciones ciertas consideraciones abiertamente raciales, cuando afirme que España es (casi en su totalidad) un espacio “refractario” al progreso social y científico, a excepción de las provincias del Norte y del Nordeste. Solo en estas últimas existen elementos raciales óptimos (esto es, de origen “indogermánico”) para el desarrollo de una verdadera cultura. En el Centro y en el Sur de la Península, por desgracia, predomina en demasía el “elemento semítico” (e incluso ciertos elementos “presemíticos”, esto es, “bereberes”), siendo ésa la causa principal (o única) de su desorganización social, de su miseria cultural y de su necrosis espiritual⁸³.

La tan cacareada “decadencia” de España encontraba su razón de ser en esa deficitaria constitución “fisiológica”. ¿Qué podría esperarse, espetará en algún momento, de una nación en la que diferentes “sangres” y diversos elementos raciales (algunos de ellos verdaderamente “inferiores”) se han mezclado de un forma tan caótica e inextricable? Una desagradable mixtura. España mira hacia abajo, pues se halla poseída por elementos étnicos inferiores, procedentes del África. Dirá –sin ruborizarse– que las condiciones ambientales y las herencias raciales propias de la meseta castellana han determinado el surgimiento de una lengua incapacitada para la gran literatura. Al norte del río Ebro la cosa es diferente, porque Cataluña sí se halla emparentada con lo ario. Los catalanes son indogermánicos de origen y de corazón, sentenciará Gener, y no deben dejarse arrastrar por el aire africano que sopla en Castilla y en Andalucía. Los catalanes, más enérgicos e inteligentes, constituyen los ejemplares más capaces del ecosistema ibérico. Sin embargo, lanzará un diagnóstico pesimista, llegando a decir que “en Madrid la alteración morbosa es tal que casi todo su organismo

83 *Ibidem*, p. 85-87.

es un cuerpo extraño al general organismo europeo. Y, desgraciadamente, la enfermedad ha vadeado ya el Ebro, haciendo terrible presa en las viriles razas del norte de la Península”. La semántica médica e inmunológica se suma, en este atroz pasaje, a la semántica organicista y racialista⁸⁴.

Su concepto de “nacionalidad” se hallaba estrechamente vinculado a la noción de “raza histórica”, refiriéndose con ello a una suerte de “unidad psicológica” —que se manifiesta en una misma forma de pensar y de sentir— que ha venido moldeándose durante siglos (con la decisiva influencia del entorno natural y geográfico que le ha tocado en suerte). También asumirá tesis organicistas y social-darwinistas, entendiendo que las naciones son “organismos vivos” que tienen que sobrevivir en la “lucha por la vida”. Las naciones tienen, como cualquier ser viviente, instinto de conservación. En ese sentido, la plétora de naciones debe leerse en clave de bio-diversidad. Y es en esa brega vital que cada nación adquiere su carácter propio, diferenciándose de las otras. Pero “nación” y “raza” se entremezclan permanentemente en el discurso de Gener. O se identifican, pues sostiene que es en la mencionada lucha por la existencia (y en las consiguientes “adaptaciones”) cuando adquieren su forma específica la raza y el “carácter nacional”. En ese escenario de confrontación vital surge una “manera de ser” concreta; una determinada naturaleza física y psíquica. Porque el “alma” de la nación tiene una hechura biológica y un fundamento racial. Un espíritu con glóbulos. Ningún “contrato social” está en el origen de la nación, pues ésta es el resultado de una secular —y agonística— evolución natural⁸⁵.

El “programa” político de Gener, derivado de todo lo anterior, postulará una suerte de fragmentación de España en función de los diferentes “pueblos” que en ella cohabitan (de forma yuxtapuesta, se sobreentiende). De lo que se trata es de que España (como nación política) se quiebre o astille en base a las diferentes comunidades étnicas (o “pueblos naturales”) que en ella conviven. O, dicho de otro modo, que de cada raza brote una nación (una “nación étnica”, entendemos nosotros) que pueda desenvolverse con autonomía. Que España desaparezca para que broten, en sustitución de ella, todas aquellas nacionalidades étnicas (con su fundamento racial diferenciado) que malvivían bajo su asfixiante dominio. Recortar el territorio español, configurando un mosaico étnico-nacional con bases raciales. “España” habría de ser, en todo caso, el nombre de la “raza del Centro”. Además, había quedado sobradamente demostrado que la “raza catalana” —observamos aquí un onanismo delirante— se hallaba emparentada con los demás pueblos “arios” de Europa.

⁸⁴ *Ibidem*, p. 96-97.

⁸⁵ Xavier VALL, “Etnia, raza y nación en el pensamiento de Pompeu Gener. Intelectualidad, sociedad y encrucijadas identitarias, 1887-1906”, en Pere Gabriel, Jordi Pomés y Francisco Fernández Gómez (ed.), *España Res publica. Nacionalización española e identidades en conflicto (siglos XIX y XX)*, Granada: Comares, 2013, p. 387-396.

España es el nombre de un organismo invasor, en términos estrictamente biológicos. El organismo social catalán –la nación, desde tal prisma, es un “ser viviente”– se halla expuesto a la infección y a la contaminación⁸⁶. El presunto conflicto entre España y Cataluña debe ser leído, en última instancia, como un “litigio de razas”. Gener marcará distancias con respecto al catalanismo más romántico (aunque siga hablando del “genio de la nacionalidad catalana”) y con respecto al catalanismo federalista (demasiado rousseauiano y proudhiano), pues el suyo será un catalanismo científico-natural, por así decir. La raza se erigió en el núcleo de su doctrina. En estas ideas de Gener se basará la tremenda presentación de la revista modernista *Juventut*, una suerte de manifiesto que propugnaba sin tapujos una “Catalunya” más avanzada, asumiendo como indubitable la propia superioridad. “Creemos que nuestro pueblo es de una raza superior a la mayoría de las que forman España”. Esto se decía en la “Presentació” del número 1 de la mencionada revista (15 de febrero de 1900). Los elementos raciales inferiores debieran ser devueltos al sur del Ebro, para que Cataluña pudiera recuperar su prístino vigor.

El arqueólogo e historiador Pere Bosch i Gimpera (1891-1974) fue un buen discípulo de Gener⁸⁷. Consideraba que las razas subsisten a lo largo de los siglos, así sea de una forma letárgica. Pero siempre pueden rebrotar o reverdecer. Y no duda en aseverar que las características étnico-raciales de Cataluña “explican” su Historia medieval y contemporánea. Los elementos prerromanos originarios (hasta ese punto del pasado debemos remontarnos, para localizar las esencias raciales catalanas) podrían recobrar su vigor en cualquier momento (a pesar de los elementos exógenos y postizos que se fueron superponiendo y sedimentando). Concluirá Bosch i Gimpera que el elemento “indígena” originario (la “base étnica indígena” de Cataluña) ha permanecido intacta e incólume, y es sobre ella que debe erigirse la nacionalidad catalana. Deben restituirse las raíces étnicas primigenias (auténticas), corrigiendo hasta donde sea posible las “desviaciones” o “adulteraciones” que ellas sufrieron en el transcurso de las centurias. Fue discípulo de Gustaf Kossinna (1858-1931), un lingüista y arqueólogo pangermanista que defendió sin tapujos la superioridad étnica de Alemania. Los propagandistas nazis, por cierto, recurrieron a las teorías de Kossinna, y Bosch i Gimpera reconoció agradecidamente la formación recibida de aquel ilustre profesor alemán. Hermosas fuentes de inspiración, desde luego⁸⁸.

El historiador Salvador Sanpere i Miquel (1840–1915) también abonó esa idea de una “raza catalana” aborigen, que habría sobrevivido (en su esencia más íntima) a los múltiples avatares de los siglos. Esta raza fue provisionalmente

86 Francisco CAJA, *La raza catalana...*, *op. cit.*, p. 105-106.

87 Pere BOSCH I GIMPERA, *Etnología de la península ibérica*, Pamplona: Ugoiti, 2003.

88 Francisco CAJA, *La raza catalana...*, *op. cit.*, p. 114-132.

vencida, así habrá de admitirse; pero no desapareció de la Historia. Atravesó, sin diluirse del todo, el periodo dominado por romanos y godos (razas completamente extrañas a su propia idiosincrasia). Aquel elemento racial originario y “auténtico” –fundamento real de la nacionalidad catalana– fue recubierto artificialmente por unos y por otros. Pero pudo sobrevivir, a pesar de los pesares. Sobrevivió conservando su ser profundo. Y esa “raza catalana” aún puede resurgir, puesto que no fue completamente aniquilada. Tales cosas las escribió en 1878, en su obra *Orígens i fonts de la nació Catalana*.

El historiador José Pella y Forgas (1852-1918), que había sido uno de los fundadores del ya mencionado grupo de inspiración romántica Jove Catalunya, publicó en 1878 junto a José Coroleu (1839-1895) *Los Fueros de Cataluña*, obra en la que se analizaban detalladamente las características legales y las instituciones políticas de la Cataluña medieval. Pues bien, terminó defendiendo en sus *Estudios de Etnología Catalana* (1889) que la nacionalidad catalana tenía por fundamento una base étnica diferenciada. Transitó sin dificultad del romanticismo medievalista y tradicionalista al racialismo etnicista. La raza es el fundamento de la cultura, de forma que habría que garantizar su pureza contra los peligros del mestizaje. Pere Màrtir Rossell i Vilar (1882-1933) fue otro catalanista radical que sustentó su doctrina en el racismo científico. En *Diferències entre catalans i castellans* (1917) expondrá sin tapujos sus teorías sobre el determinismo racial, y en *La Raça* (1930) sostendrá que el fundamento último de la cultura y de la nación es la raza. No tendrá inconveniente en citar a un ideólogo de extrema derecha como el francés Charles Maurras. Los mestizos son realmente peligrosos, toda vez que podrían decantarse por su mitad foránea, en detrimento de su catalanidad⁸⁹. Moviéndose en parámetros eugenésicos, advertirá que los matrimonios mixtos producen aberraciones mentales, degeneración fisiológica y descomposición moral. En la parte final de su vida militó en Esquerra Republicana de Catalunya, y desembocó en un nacionalismo fascistizante, aproximándose a las posiciones violentas de Daniel Cardona (del que hablaremos después).

Bartomeu Robert Yarzabal (1842-1902), conocido simplemente como “Doctor Robert”, fue médico y dirigente de la *Lliga Regionalista*. Llegó a ser alcalde de Barcelona. Fue una persona muy apreciada, según parece. Su entierro debió ser un evento social de magnas proporciones. Sin embargo, también es recordado por manejar ciertas tesis acerca de la “superioridad craneana” de los catalanes. Había sido compañero de Santiago Ramón y Cajal. En sus memorias, el encumbrado médico español todavía recordaba los “lazos de afecto sincero” que le ligaban a ciertos profesores de Barcelona, entre los cuales mencionaba a Robert. Ahora bien, Cajal ponía en solfa su peregrina hipótesis de

89 Pere Màrtir ROSELL I VILAR, *La raça*, Barcelona: Llibreria Catalonia, 1930.

la superioridad del cráneo catalán⁹⁰. Tal vez nunca lo sostuvo Robert de una forma tan cruda, pero su pensamiento no andaba demasiado alejado de ciertas corrientes emparentadas con la frenología y con todo el asunto de los índices cefálicos. Sea como fuere, Rovira i Virgili salió en su defensa, aduciendo que, si en el nordeste de la península predominaba un tipo de cráneo diferenciado, no iban los catalanes a deformárselo en aras de la unidad española.

Lo que sí había en el “Doctor Robert”, como en tantos otros catalanistas, es un racialismo muy próximo a las tesis del francés Gustave Le Bon (1841-1931). Este, en su obra *Leyes psicológicas de la evolución de los pueblos* (1894), se desplazaba desde la craneometría a la “psicología colectiva”. Pero el racialismo permanecía intacto, toda vez que sostenía que a cada raza le corresponde una constitución mental inamovible, al igual que le corresponde una constitución física y anatómica. Y esa constitución mental (la propia de cada raza) ha de tener un correlato cerebral. Los caracteres morales e intelectuales que conforman el “alma de un pueblo” no son más que el fruto último de una herencia filogenética. El *Volksgeist* emana de una determinada fisiología cerebral. Cada pueblo tiene su propia “psicología” o su propia “mentalidad”, pero éstas vienen *determinadas* por una estructura cerebral específica (que varía en cada raza). Los individuos no pueden escapar a este fatalismo racial; los muertos ejercen su dominio sobre los vivos. Las generaciones pasadas nos imponen no solo una constitución física, sino una forma de sentir y de pensar. Un individuo nace en una determinada geografía y de unos determinados progenitores, siendo así que heredará de forma ineluctable la “psicología colectiva” que le corresponda a su pueblo (esto es, a su raza)⁹¹.

Se trataba de un determinismo muy similar al manejado por Ernest Renan, en el sentido de no poder escapar a los designios de la propia estirpe. Los ancestros nos han hecho ser lo que somos (en lo fisiológico y en lo psíquico-espiritual). Por eso debemos practicar el culto a los muertos, en eterno agradecimiento por habernos *hecho*. El “Doctor Robert” asumió como propias estas ideas, al menos las de Le Bon. Renan influyó de forma evidente, si no en nuestro doctor, sí en muchos de los doctrinarios catalanistas que venimos analizando. Junto a estas concepciones estaba el consabido organicismo naturalista, esto es, la idea de que las naciones son organismos vivos (que pueden gozar de buena salud o pueden enfermar). Cataluña era un cuerpo vivo diferenciado y con funciones vitales propias. Pues bien, pertrechado con todas esas premisas, “Robert” se lanzó a disertar sobre la “inferioridad de España”, fenómeno palmario cuyas causas habría que localizar en la degeneración física, psíquica y moral propia de los miembros de esa “raza”. Los castellanos albergaban una deficiencia congéni-

90 Santiago RAMÓN Y CAJAL, *Recuerdos de mi vida*, Barcelona: Crítica, 2006, p. 396.

91 Gustave LE BON, *Leyes psicológicas de la evolución de los pueblos*, Madrid: Daniel Jorro, 1929.

ta. Y un último corolario, muy “progresista”. El médico catalanista, al igual que su maestro Le Bon, se declaró enemigo de cualquier principio jurídico-político igualitario (jacobino), y es por ello que rechazó el sufragio universal⁹².

Domènec Martí i Julià (1861-1917) fue un médico psiquiatra vinculado a la Unió Catalanista, de la cual fue elegido presidente en 1903. Fue miembro del comité ejecutivo de Solidaritat Catalana (1906) y colaboró en numerosas publicaciones catalanistas⁹³. Sostuvo, en un artículo publicado en 1899 en la revista *La Renaixensa*, que los pueblos y las nacionalidades son “organismos vivos” que albergan “personalidad”. Este organicismo se deslizará por una determinada pendiente, pues rápidamente sostendrá que los organismos nacionales “diferenciados” son los que gozan de mayor “salud”. A mayor diferenciación, mayor pureza. El lenguaje empleado es inequívoco. Únicamente las nacionalidades más aisladas o diferenciadas (esto es, aquellas que sepan protegerse bien contra el influjo o el intrusismo de otros organismos colectivos) lograrán conservar impolutos sus propios caracteres. Solo ellas podrán desarrollarse con vigor. Manejará, en este contexto, la noción de “personalidad étnica”. Ella es la que debe ser conservada a toda costa. Por el contrario, un organismo nacional que malviva bajo la dirección de otro será como un cuerpo enfermo. Ese cuerpo colectivo, malogrado y debilitado a causa del asfixiante avasallamiento foráneo, se hallará “desnacionalizado”. En tal caso, solo recobrará su armonía interna (su salud íntegra) cuando el elemento nocivo (exógeno) sea eliminado o expulsado.

Esta indisimulada “naturalización” de lo nacional se termina leyendo en términos de amenaza. Es decir, los pueblos (como organismos vivos que son) se hallan siempre inmersos en una batalla “biológica” por la supervivencia. En ese sentido, el “organismo catalán” estaría viendo amenazada su integridad fisiológica, toda vez que podría ser absorbido por España (otro “organismo”, especialmente odioso). Pero los pueblos tienen “derecho a la vida”; las nacionalidades tienen derecho a la conservación de la propia existencia. Por ello, el catalanismo político será comprendido como la reacción biológica de un organismo que lucha por vivir. Catalanización exhaustiva o desintegración, no hay más. La naturaleza reclama sus derechos, y ese “cuerpo vivo” que es Cataluña anhela recobrar su salud. Es un deber indeclinable pelear contra la mórbida desnaturalización que sufre el organismo catalán, y han de ser expulsados de su seno todos aquellos elementos postizos que no pertenecen de forma natural a la “personalidad catalana”. A estos doctrinarios les resultaba muy sencillo distinguir entre lo “natural” y lo “artificial”, no nos cabe la menor duda.

Su prédica contra la castellanización del pueblo catalán fue durísima. Si los catalanes perdían su idiosincrasia (su personalidad natural) se verían reducidos

92 Francisco CAJA, *La raza catalana...*, op. cit., p. 153-174.

93 Domènec MARTÍ I JULIÀ, *Per Catalunya i altres textos*, Barcelona: La Magrana, 1984.

a la condición de “hombres inferiores”. Pero semejantes concepciones teóricas se tradujeron, yendo al terreno concreto de la praxis, en una severísima xenofobia. Martí i Julià, por lo demás, se pronuncia explícitamente contra cualquier programa de inspiración “jacobina”. ¿Igualdad jurídico-política entre los hombres? Paparruchas. Al final, lo que se estaba defendiendo es un etnonacionalismo fortísimo y un esencialismo identitario con tintes racialistas. Terminará identificando “pueblo” y “sangre”. El catalanismo era concebido como aquella intervención “sanitaria” (o “quirúrgica”, en el límite) que se requería para revertir una degeneración mórbida. He ahí la semántica en la que se estaban moviendo estos ideólogos⁹⁴.

Joaquín Casas-Carbó (1858-1943) fue un abogado, editor y filólogo (amigo de Pompeu Fabra) que tuvo un papel bastante destacado en la campaña de “normativización lingüística” del catalán promovida desde ciertas revistas situadas en la órbita del llamado “modernismo catalanista”. Encontraremos, en sus vericuetos doctrinales, una cierta transición de la “raza” a la “lengua”. Pero dicha transición será solo relativa, puesto que asistimos simultáneamente a una “biologización” de la propia lengua. En efecto, la “lucha por la vida” de tipo “darwiniano” se libraré ahora en el terreno lingüístico, siendo así que unas lenguas (concebidas como “organismos vivos”) sobrevivirán (conservando su consistencia y su pureza) mientras que otras degenerarán y se extinguirán. En 1896 dictó una conferencia titulada *Catalunya trilingüe. Estudi de biologia lingüística*. Las lenguas no conviven de forma pacífica en una misma geografía, y las relaciones trabadas entre ellas son de pura lucha biológica. Pero sucede que la lengua catalana es la verdaderamente autóctona (genuina y originaria) en el territorio catalán; solo ella tiene derecho a prevalecer, en ese combate vital. Se trata de una guerra de lenguas, con todas las connotaciones belicistas que quepa imaginar. Casas-Carbó engarzaré de una forma esencialista la tríada conformada por territorio, nacionalidad y lengua. El corolario político será la forzada y completa homogeneización lingüística. Porque solo una lengua puede prevalecer, y esa habrá de ser la que “naturalmente” (atención a nuestras comillas irónicas) pertenece al territorio.

Las otras lenguas son exógenas, y su presencia en el territorio es inauténtica y amenazante. El organismo nacional debe desquitarse de la colonización lingüística castellana. El pueblo debe recobrar de forma íntegra su “habla natural”. Casas-Carbó insinuaba, por cierto, que la catalana es la más perfecta de las lenguas latinas. Un supremacismo idiomático indisimulado. No es posible, en cualquier caso, la convivencia o tan siquiera la coexistencia; la lengua foránea (impropia) debe ser expulsada. La lengua propia necesita de un “espacio vital”, para no asfixiarse. Porque, en definitiva, esta “guerra de lenguas” no es más que

94 Francisco CAJA, *La raza catalana...*, *op. cit.*, p. 199-221.

un trasunto –o una sublimación– de la “guerra de razas”⁹⁵. Encontramos en estas doctrinas (que tendrán un predicamento extraordinario en el catalanismo de todo el siglo XX) una sacralización (con sabor romántico) de la lengua propia, puesto que es la lengua materna la que nos envuelve en aquella sustancia espiritual colectiva que tiene muchos nombres (“alma del pueblo” o “comunidad cultural”, por ejemplo). Pero también hallaremos en todo ello elementos etnicistas, toda vez que la lengua es concebida como la sangre que vivifica al organismo nacional. Cuando se pierde la lengua se disminuye la raza. Francisco Caja lo sintetiza de una forma magistral: “La lengua es la voz de la sangre. A cada sangre, su lengua”⁹⁶. Conservar la pureza de ambas será una cuestión de vida o muerte. “Comunidad lingüística” y “lazos de sangre”. Biologización del *Volksgeist*. Romanticismo y racialismo. De hecho, en sus *Estudis d’etnografia catalana* (1891), Casas-Carbó había intentado demostrar –desde coordenadas filológicas– el supuesto origen ario de la “raza catalana”.

Debe destacarse que ciertos sectores católicos cumplieron un rol decisivo, en la conformación del nacionalismo catalán⁹⁷. Jaume Collell i Bancells (1846-1932) fue una de las figuras más destacadas del catalanismo católico. Sus coordenadas ideológicas eran las de un romanticismo reaccionario atravesado de idealizaciones ruralistas. Pensaba, al igual que su amigo Juan Mañé i Flaquer (1823-1901), que el Estado liberal centralizado menoscababa la libertad de las viejas regiones. También hizo Collell alguna referencia puntual a la “raza catalana”. El obispo Josep Torras i Bages (1846-1916) impulsó un regionalismo catalanista contundente, desde presupuestos tradicionalistas y ultramontanos. Fue un declarado enemigo de los principios filosófico-políticos de la Revolución francesa. La verdadera libertad la ejercerá aquel pueblo que sepa conservar su propia tradición y reivindicar un “espíritu propio”. Temeroso de los nocivos efectos del contagio cultural, no aceptaba los mestizajes, pues conducirían irremediablemente a la pérdida de identidad. Un pueblo noble es aquel que se resiste a desaparecer. Clamaba, con timbre xenófobo, contra la perniciosa tendencia a asimilar costumbres foráneas. En su obra *La tradició catalana* (1892) quiso delimitar la mentalidad del pueblo catalán, sosteniendo que la severidad y la firmeza de la raza catalana debían protegerse contra la influencia patógena de otros elementos extraños e inferiores⁹⁸. Siempre fue Cataluña esencialmente católica. Nuestra religión y nuestro regionalismo nacen de una misma fe, concluía Torras. Los mecanismos políticos pueden hacerse y deshacerse en función de las circunstancias, pues tienen algo de contingente y artificioso. Pero las “antiguas naciones”, que deben comprenderse como “unidades sociales naturales”

95 *Ibidem*, p. 267-277.

96 *Ibidem*, p. 265.

97 Ángel SMITH, *Los orígenes del nacionalismo...*, op. cit., p. 331-385.

98 Josep TORRAS I BAGES, *La tradició catalana*, Barcelona: Edicions 62, 1981.

(Cataluña es una de ellas), fueron creadas para la eternidad por la mismísima Providencia. Por otro lado, Torras concederá credibilidad al asunto de las razas. Porque la materia influye en el espíritu. Si los distintos pueblos y las diversas naciones presentan diferencias en lo intelectual y en otros aspectos, ello se deberá a las insoslayables diferencias raciales⁹⁹.

Las conexiones de los grupos catalanistas con los grupos carlistas fueron complejas y en ocasiones conflictivas, porque ni unos ni otros eran bloques homogéneos. Pero esos vínculos existieron¹⁰⁰. Los sectores más tradicionalistas y ultracatólicos del catalanismo se aproximaron al carlismo. De igual modo, algunos carlistas terminaron ingresando en las filas más conservadoras del catalanismo. Luis María de Llauder, que ocupó entre 1889 y 1902 (año de su muerte) la máxima dirección del carlismo catalán, aseveró que ellos eran tan catalanistas como el que más, afirmando que eran “regionalistas” convencidos, partidarios de todas las descentralizaciones y de todas las libertades forales. Hubo otras figuras relevantes. El impetuoso Juan Bardina, autor de *Catalunya Autònoma* (1899) y *Catalunya i els Carlins* (1900), transitó desde las filas carlistas al catalanismo militante. Pero lo pudo hacer porque existían ciertas afinidades, desde el punto de vista doctrinal. En el primero de esos textos sostenía que los carlistas entendían que la única patria verdadera de los catalanes es Cataluña, siendo España nada más que una confederación medio artificial. De ello se derivaba la soberanía, y por ende la perentoria necesidad de que Cataluña “recuperara” sus viejas instituciones. Además, los empleados de las administraciones tendrían que ser “hijos de la tierra” (homogeneidad étnica) y el catalán debería ser la única lengua oficial. Bardina concluía que en las Bases de Manresa (1892) los catalanistas habían plagiado el programa carlista, puesto que estos habían sido los primeros en defender las aspiraciones regionalistas de Cataluña. Por cierto, los contactos entre Joan Bardina y Enric Prat de la Riba fueron intensos desde finales de 1902¹⁰¹.

Revisemos una última figura del movimiento catalanista. Daniel Cardona i Civit (1890-1943) fue uno de los miembros más activos del catalanismo separatista, partidario de la insurrección armada en las décadas de 1920 y 1930. Envuelto en la mística del combate, y ebrio de racialismo, llegó a sostener lo siguiente: “Un cráneo de Ávila no será nunca como uno de la Plana de Vic. La Antropología habla más elocuentemente que un cañón del 42”. Por allí pululaban los hermanos Badía, Baltà i Botta o Josep Dencàs (reconocido represor de los obreros anarquistas). Disconformes con el catalanismo “tibio”, renegaban

99 Enric UCELAY-DA CAL, *El imperialismo catalán...*, op. cit., p. 143.

100 Josep TERMES y Agustí COLOMINES, *Patriotes i resistents. Història del primer catalanisme*, Barcelona: Editorial Base, 2003.

101 Jordi CANAL, “¿En busca del precedente perdido? Tríptico sobre las complejas relaciones entre carlismo y catalanismo a fines del siglo XIX”, *Historia y Política*, 14 (2005), p. 45-84.

del electoralismo y se mostraban partidarios de la acción directa. Aparecieron los *Escamots*, una organización armada creada al amparo del partido *Estat Català* poco después de que este fuera fundado en 1922 por el militar separatista Francesc Macià (Cardona colaboró en esta fundación). El historiador Enric Ucelay-Da Cal señala que el término “escamot” (cuya traducción podría ser “comando”) fue creado por Manuel Pagès, el segundo de Daniel Cardona, quien prefirió utilizar esta palabra en lugar de *esquadra*, para diferenciarse de los *squadristi* fascistas italianos¹⁰². Su doctrina nacionalista estaba sostenida por una singular poetización de la violencia. En 1925 participó, junto a otros catalanistas radicales, en la fundación del grupo *Bandera Negra*, organización armada secreta ubicada en la órbita de *Estat Català* (el partido pretendidamente insurreccional de Francesc Macià). No escondían que su modelo era la *Action française* de Charles Maurras, esto es, la extrema derecha más chauvinista. También fundaría en 1931 *Nosaltres Sols!*, otra facción armada. Su nombre pretendía emular al *Sinn Féin* irlandés. Completamente fascinado por la imagen de un sacrificio sangriento, Cardona entendía que los hombres son criaturas esencialmente sentimentales. Una emotividad irreprimible alimentaba su decisión sagrada. Debían entregarse plenamente a la causa, con todas las consecuencias.

Las “leyes étnicas” son inexorables, argüía. El ideal de independencia viene determinado por una tradición ancestral, por el hálito profundo de nuestra raza indestructible. Cardona, dicho sea de paso, elogiaba al racista Sabino Arana Goiri. La diferenciación nacional es inconmensurable. Son inviables los acuerdos con el enemigo. Es la propia naturaleza quien trazó un abismo entre las diversas razas. No caben componendas. La raza catalana ya no debe degradarse más, entremezclándose con elementos espurios y exógenos. Se trata de defender lo propio, así sea mediante la inmolación individual. Los soldados de Cataluña entregarán su sangre, frente a la “ocupación castellana”. Ya no debemos ser esclavos en nuestra propia casa. El odio a lo español se convierte en un axioma indiscutible. Pero Cardona remarca constantemente una idea, a saber, que no se trata de un conflicto meramente político. Eso sería más o menos superficial. No; se trata de algo más profundo y primordial. Es una batalla étnica, una lucha racial. No hay convivencia posible; solo un grupo puede subsistir.

Cardona, xenófobo hasta el tuétano, no podía soportar el hecho de subir a un tranvía y que el cobrador le hablase en español; o que los demás pasajeros también empleasen la repugnante lengua de esa raza extranjera. El enemigo se ha infiltrado demasiado; lo tenemos enquistado en nuestro cuerpo social. Pero los quistes malignos deben ser extirpados quirúrgicamente. La tierra “propia” debe ser defendida, frente al invasor. El primer mandato de una nueva “política

102 Enric UCELAY-DA CAL, *Breve historia del separatismo catalán*, Barcelona: Penguin Random House Grupo Editorial, Ediciones B, 2018, p. 101.

etnológica” tenía que ver con la promoción de una limpieza de sangre. Por ello, la mujer catalana debía imponerse como primer “deber patriótico” no sentir ningún tipo de amor o atracción por los enemigos naturales de la nación. Jamás procrear con un no-catalán; bloquear cualquier forma de mestizaje racial. Las mujeres catalanas debían aprender a sentir una “máxima repulsión” por los miembros de la raza castellana. Sus vientres estaban destinados a perpetuar una estirpe catalana racialmente pura. Se requerían úteros patrióticos¹⁰³.

A MODO DE CONCLUSIÓN

Después de haber completado este recorrido, estamos en disposición de afirmar que ciertas ideas reaccionarias, xenófobas y racistas fueron sostenidas y divulgadas por los representantes más egregios de la intelectualidad catalanista, no por figuras de segunda o tercera fila. El racialismo estuvo muy presente en aquella atmósfera ideológica. No era un elemento secundario o marginal. Más bien al contrario, tal y como ha quedado de manifiesto a lo largo de nuestro estudio. Acudamos al *Diccionari general de la llengua catalana* preparado por Pompeu Fabra en 1932, que fungió como normativo durante décadas, y leamos en la entrada *nacionalitat*. Descubriremos que uno de los componentes definitorios de tal noción es la “solidaridad racial”¹⁰⁴. Sin embargo, se puede comprobar cómo en demasiadas ocasiones este asunto ha permanecido oculto y silenciado. Por ejemplo, en una obra publicada en 1991 por el insigne catedrático Albert Balcells. El libro comienza con un despliegue de nacionalismo catalán no muy bien disimulado. Se nos dice que hasta 1714 fue Cataluña una entidad feliz e independiente. Pero en aquella fecha tan lúgubre sus honorables y libérrimas instituciones fueron aniquiladas por “derecho de conquista”. En ese momento dio comienzo un fatídico proceso de humillación y decadencia, una “desnacionalización gradual” (sic). Es decir, se está presuponiendo que hasta 1714 Cataluña había sido una nación. Semejante reconstrucción historiográfica, aderezada con elementos míticos, se levantaba sobre un patente silenciamiento de todos los elementos ideológicos que hemos examinado en estas páginas. Cuando Albert Balcells revisa la génesis histórica del catalanismo no menciona ni siquiera de pasada el tema del racialismo (tampoco menciona la xenofobia). Solo habla una vez de “raza”, pero lo hace para sostener que ella no jugó ningún papel en la construcción ideológica del catalanismo¹⁰⁵. Semejante aserto es rotundamente falso, como se ha podido comprobar en las páginas precedentes.

103 Francisco CAJA, *La raza catalana...*, *op. cit.*, p. 331-363.

104 Enric UCELAY-DA CAL, *Breve historia del separatismo...*, *op. cit.*, p. 99.

105 Albert BALCELLS, *El nacionalismo catalán*, Madrid: Historia 16, 1991, p. 22.

BIBLIOGRAFÍA

- Valentí ALMIRALL, *España tal como es*, Barcelona: Anthropos, 1983.
- Jaume AURELL, “La formación del imaginario histórico del nacionalismo catalán. De la *Renaixença* al *Noucentisme* (1830-1930)”, *Historia Contemporánea*, 22 (2001), p. 257-288.
- Albert BALCELLS, *El nacionalismo catalán*, Madrid: Historia 16, 1991.
- Albert BALCELLS, *Breve historia del nacionalismo catalán*, Madrid: Alianza, 2003.
- Pere BOSCH I GIMPERA, *Etnología de la península ibérica*, Pamplona: Urgoiti, 2003.
- Francisco CAJA, *La raza catalana. El núcleo doctrinal del catalanismo*, Madrid: Encuentro, 2009.
- Francisco CAJA, *La raza catalana (segunda parte). La invasión de los ultracuerpos*, Madrid: Encuentro, 2013.
- Jordi CANAL, “¿En busca del precedente perdido? Tríptico sobre las complejas relaciones entre carlismo y catalanismo a fines del siglo XIX”, *Historia y Política*, 14 (2005), p. 45-84.
- Giovanni C. CATTINI, *Prat de la Riba i la historiografia catalana. Intel·lectuals i crisi política a la fi del segle XIX*, Catarroja-Barcelona: Afers, 2008.
- Montserrat CLUA I FAINÉ, “Catalanes, inmigrantes y charnegos: “raza”, “cultura” y “mezcla” en el discurso nacionalista catalán”, *Revista de Antropología Social*, 20 (2011), p. 55-75.
- Josep M. COLOMER, “La aventurada apuesta por la independencia de Cataluña”, *Revista de Estudios Políticos*, 179 (2018), p. 267-294.
- Xavier DOMÈNECH, *Un haz de naciones. El Estado y la plurinacionalidad en España (1830-2017)*, Barcelona: Península, 2020.
- Carola DURÁN I TORT, “*La Renaixença*”, primera empresa editorial catalana, Barcelona: Publicacions de l’Abadia de Montserrat, 2001.
- Chris EALHAM, *La lucha por Barcelona. Clase, cultura y conflicto, 1898-1937*, Madrid: Alianza, 2005.
- John H. ELLIOT, *La rebelión de los catalanes. Un estudio sobre la decadencia de España (1598- 1640)*, Madrid: Siglo XXI, 1982.
- John H. ELLIOT, *Catalanes y escoceses. Unión y discordia*, Barcelona: Taurus, 2018.
- Johann Gottlieb FICHTE, *Discursos a la nación alemana*, Madrid: Tecnos, 2002.
- Josep Maria FRADERA, *Cultura nacional en una sociedad dividida. Cataluña, 1838-1868*, Madrid: Marcial Pons, 2003.
- Maximiliano FUENTES CODERA, “La Cataluña medieval en la construcción del nacionalismo *l·ligaire-noucentista*”, *Historia Contemporánea*, 45 (2012), p. 605-636.

- Lola GARCÍA, *El naufragio. La deconstrucción del sueño independentista*, Barcelona: Península, 2018.
- Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA, “«Bon cop de falç!». Mitos e imaginarios bélicos en la cultura del catalanismo”, *Historia y Política*, 14 (2005), p. 119-164.
- Montserrat GUIBERNAU, “Naciones sin Estado: escenarios políticos diversos”, *Historia Contemporánea*, 23 (2001), p. 759-789.
- Horst HINA, *Castilla y Cataluña en el debate cultural. 1714-1939. Historia de las relaciones ideológicas catalano-castellanas*, Barcelona: Península, 1986.
- Jesús LAÍNIZ, *España contra Cataluña. Historia de un fraude*, Madrid: Encuentro, 2014.
- Gustave LE BON, *Leyes psicológicas de la evolución de los pueblos*, Madrid: Daniel Jorro, 1929.
- Emilio MARCOS, “Contra la Lliga Regionalista. Apa y el catalanismo de izquierda en los primeros años de la revista *Papitu*”, *Historia y Política*, 24 (2010), p. 213-238.
- Joan-Lluís MARFANY, *Nacionalisme espanyol i catalanitat (1789-1859). Cap a una revisió de la Renaixença*, Barcelona: Edicions 62, 2017.
- Domènec MARTÍ I JULIÀ, *Per Catalunya i altres textos*, Barcelona: La Magrana, 1984.
- Francisco MARTÍNEZ HOYOS, “El discurso de la hispanofobia: racismo y xenofobia en el nacionalismo catalán”, *Aportes. Revista de Historia Contemporánea*, 84 (2014), p. 183-192.
- Jorge POLO BLANCO, *Románticos y racistas. Orígenes ideológicos de los etnonacionalismos españoles*, Barcelona: El Viejo Topo, 2021.
- Enric PRAT DE LA RIBA, *La nacionalitat catalana*, Madrid: Biblioteca Nueva, 1998.
- Enric PRAT DE LA RIBA, *Obra completa. 1887-1898*, vol. I, Barcelona: Edicions Proa, Institut d’Estudis Catalans, 1998.
- Santiago RAMÓN Y CAJAL, *Recuerdos de mi vida*, Barcelona: Crítica, 2006.
- Borja de RIQUER, *Regionalistes i nacionalistes (1898-1931)*, Barcelona: Dopesa, 1979.
- Pere Màrtir ROSELL I VILAR, *La raça*, Barcelona: Llibreria Catalonia, 1930.
- Antoni ROVIRA I VIRGILI, *La nacionalització de Catalunya*, Barcelona: Societat Catalana, 1914.
- Antoni ROVIRA I VIRGILI, *Els corrents ideològics de la Renaixença catalana*, Barcelona: Barcino, 1966.
- Antoni ROVIRA I VIRGILI, *Prat de la Riba*, Barcelona: Edicions 62, 1968.
- Antoni ROVIRA I VIRGILI, *Catalunya i Espanya*, Barcelona: La Magrana, 1988.
- Antoni ROVIRA I VIRGILI, *El nacionalisme*, Barcelona: Edicions del Cotal, 1989a.

- Antoni ROVIRA I VIRGILI, *Nacionalisme i federalisme*, Barcelona: Edicions 62, 1989b.
- Ángel SMITH, *Los orígenes del nacionalismo catalán. 1770-1898*, Madrid: Marcial Pons, 2019.
- Ferran SOLDEVILA, *Entre la dictadura i la revolució*, Barcelona: Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 2009.
- Josep TERMES y Agustí COLOMINES, *Patriotes i resistents. Història del primer catalanisme*, Barcelona: Editorial Base, 2003.
- Josep TORRAS I BAGES, *La tradició catalana*, Barcelona: Edicions 62, 1981.
- Enric UCELAY-DA CAL, *El imperialismo catalán. Prat de la Riba, Cambó, D'Ors y la conquista moral de España*, Barcelona: Edhasa, 2003.
- Enric UCELAY-DA CAL, *Breve historia del separatismo catalán*, Barcelona: Penguin Random House Grupo Editorial, Ediciones B, 2018.
- Xavier VALL, "Etnia, raza y nación en el pensamiento de Pompeu Gener. Intelectualidad, sociedad y encrucijadas identitarias, 1887-1906", en Pere Gabriel, Jordi Pomés y Francisco Fernández Gómez (ed.), *España Res publica. Nacionalización española e identidades en conflicto (siglos XIX y XX)*, Granada: Comares, 2013, p. 387-396.
- Jorge VILCHES, "Pi y Margall, el hombre sinalagmático", *Historia y Política*, 6 (2001), p. 57-90.
- Xabier ZABALZA, "¿Del «renacimiento» literario al nacionalismo político? Una comparación entre los territorios de lengua catalana y los de lengua vasca (1850-1900)", *Historia y Política*, 39 (2018), p. 141-170.

ARTÍCULO RECIBIDO: 15-10-2020, ACEPTADO: 16-02-2021